La posición de la mujer en la hacienda



Ximena Valdés S.
Centro de Estudios de la Mujer (CEM)

El material autobiográfico de este libro nos entrega una visión del mundo hacendal entre los años 1930 y 1960; los itinerarios laborales de las mujeres, enmarcados en un proceso gradual de transformaciones en el sistema de trabajo y en las relaciones laborales de la hacienda.

A través del análisis de las trayectorias de cada mujer entrevistada, de su trabajo, el de su marido y el de sus hijos e hijas, podemos descubrir algunas tendencias y constatar algunos hechos históricos que serán irreversible en el transcurso de los años posteriores.

La homogeneización del trabajo masculino a través de un constante proceso de proletarización; la desaparición de las distintas categorías de inquilinos; los efectos de la Reforma Agraria y de la legislación laboral; el avance tecnológico en el campo, se tradujeron en la pérdida de las regalías propias a las formas de pago del sistema de inquilinaje: la pérdida del espacio productivo de las familias inquilinas, la pérdida del rol en la producción agrícola de las mujeres, la pérdida de sus puestos de trabajo (cocinera, ordeñadora), son hechos que han marcado de manera decisiva el desarrollo laboral, social y cultural de la mujer campesina.

La posición de la mujer en la hacienda

Ximena Valdés S.

Programa Mujer Campesina y Asalariada Agrícola
Centro de Estudios de la Mujer
1988

Editor:
Luis A. Solís D.

Diseño Gráfico y Diagramación:
Eduardo Gallegos G.
Fotografía Portada:
Verónica Riquelme

Impresión:
Imprenta Ñipaco
c/Giraldi, 1443 – Providencia
Santiago – Chile
Número de Inscripción:
N° 69.479

Editado por:
Centro de Estudio de la Mujer
(CEM), abril de 1988
c/Purísima, 353 – Fono: 771194
Santiago – Chile

La posición de la mujer en la hacienda



Ximena Valdés S.
Centro de Estudios de la Mujer (CEM)

SUMARIO

Introducción 9

Los trabajos de las mujeres en la hacienda 23

Las cocineras 52

Las ordeñadoras 76

Las obreras y las temporeras 109

Conclusiones 130

Introducción

El propósito de este libro es dar a conocer algunos aspectos del trabajo que realizaban las mujeres que vivieron en haciendas. Abarca un período de cerca de treinta años, desde 1930 hasta pocos años antes que se llevara a cabo la Reforma Agraria en el país, a mediados de los años sesenta.

Durante estas tres décadas el sistema de inquilinaje permeaba aún las relaciones sociales y laborales de la sociedad rural, siendo la Reforma Agraria la que socava las bases de un sistema de trabajo de larga historia.

En este período, las mujeres pierden numerosos puestos de trabajo en los fundos y haciendas. La pérdida de los puestos de trabajo femeninos obedece a diversas razones, todas ellas

ligadas de algún modo a la modernización de la agricultura y, en particular, de las grandes explotaciones agrícolas.

Podemos argüir entonces que, corolario de la modernización progresiva de fundos y haciendas, las mujeres van perdiendo su inserción laboral.

Pero dar a conocer el tipo de trabajo que las mujeres realizaban en este período y el proceso que lo afecta, no es suficiente. Es preciso preguntarse acerca de cuál era la posición de la mujer en la hacienda.

¿Existían acaso trabajos diferenciados para hombres y mujeres que pudieran dar cuenta de una segregación sexual del trabajo, vale decir, espacios laborales adscritos al género, o bien hombres y mujeres podían acceder a puestos de trabajo semejantes?.

Aparte de buscar qué tipo de trabajo femenino se daba en la hacienda, nuestro propósito es el de dar cuenta sumariamente de un hecho que atraviesa fronteras y recorre la historia laboral de ambos sexos. Se trata de la discriminación que viven las mujeres en la producción social a causa de las razones ideológicas que colocan a hombres y mujeres en la

sociedad en posiciones distintas que desfavorecen a las mujeres y privilegian, por decirlo de algún modo, a los hombres. Aparte entonces la pertenencia de clase, existe otra variable que permanentemente está incidiendo en la posición de hombres y mujeres en el mundo del trabajo: el género.

Por estas razones, es preciso situar el trabajo femenino en un contexto más amplio, donde se pueda conocer cómo, a través de qué tipo de mecanismos y la realización de qué tipo de tareas, las mujeres estaban discriminadas en la esfera del trabajo asalariado en los fundos y las haciendas.

La información que presentamos proviene en buena medida de historias de vida de mujeres que fueron parte activa del contingente de fuerza de trabajo de fundos y haciendas de la región central del país. Dichas mujeres nacieron entre los años 1917 y 1940 y fueron entrevistadas entre 1982 y 1985.

Muchas de estas historias de mujeres han sido publicadas como material no sujeto a análisis; como material que recogiendo la memoria oral de las mujeres, intentó dar cuenta de una suerte de geografía de discursos femeninos, discursos que emergían de paisajes heterogéneos, de realidades culturales muy diferentes que sin embargo, conforman la realidad del

país[1]. Otras de ellas fueron publicadas para acompañar una propuesta educativa dirigida a mujeres que asistieron en los años 1986 y 1987 a la Escuela de Mujeres; a ellas, este material autobiográfico sirvió de bibliografía para la comprensión de su historia, de su propia realidad[2], en tanto otras historias de vida de mujeres se encuentran inéditas[3]. Los capítulos que aquí aparecen corresponden a los trabajos que realizaron las mujeres entrevistadas.

Se recurrió a rescatar la memoria de las mujeres, para constituir fuentes que permitieran conocer la condición de la mujer rural y su diversidad, en razón de su invisibilidad, de su ausencia de los estudios realizados.

En efecto, es difícil encontrar una página, una frase dedica-

1 Valdés, Ximena y otras: **Historias testimoniales de mujeres del campo.** Ediciones de la Academia de Humanismo Cristiano/CEM-PEMCI. Santiago, 1983.

2 Mack, Macarena y otras: **Los trabajos de las mujeres entre el campo y la ciudad.** Biblioteca de la Mujer. Ediciones CEM. Santiago, 1986; Acuña, Lila: **Hombres y mujeres en Putaendo, sus discursos y su visión de la historia.** Biblioteca de la Mujer. Ediciones CEM. Santiago, 1986.

3 **Archivo de Memoria Oral** PEMCI/CEM, Santiago de Chile.

da a las mujeres en los numerosos estudios hechos en la década del sesenta y comienzo de los setenta. Durante los años que conmovieron al campo y a la sociedad chilena, que corresponden al período de la Reforma Agraria, hubo proliferación de estudios acerca de los trabajadores del campo. Sin embargo, las mujeres no fueron en este momento, foco de interés.

Los testimonios que aquí presentamos es preciso leerlos como una fracción del tiempo laboral de las mujeres. Como parte de una larga jornada de trabajo que no se agota ni termina cuando se deja de trabajar por un salario: que la precede en las horas de la mañana y que la prolonga durante las noches, más allá de esa virtual jornada de trabajo que, gracias a las luchas obreras, es de ocho horas diarias.

Las mujeres suelen enmarcar sus itinerarios laborales entre hitos importantes de su historia de vida: el casamiento, un parto sola en la casa, el nacimiento de los hijos, la muerte de una persona próxima. Ellas no dicen "*durante el gobierno de Ibáñez yo trabajaba en la viña*" sino "*después que nació Juan, yo trabajaba en la viña*".

Cuando las mujeres se refieren al trabajo en la producción

social, ellas ligan a menudo el trabajo que realizaban a cronologías que corresponden a su estado de soltera, al nacimiento de tal o cual hijo y a los problemas derivados del trabajo fuera de la casa junto al desempeño de las tareas domésticas que era preciso continuar haciendo.

Es por estas razones que una periodización que corresponda al transcurrir del tiempo femenino tal vez esté signada más por el ciclo de vida de la mujer y las transformaciones del mundo privado que a los cambios y acontecimientos macrosociales. Para las mujeres entrevistadas, fue quizás más importante el cambio del parto en la casa al hospital, que la constitución de un sindicato en el fundo. A lo menos más próximo.

Aparte que algunas recuerden el impacto producido por el desalojo de las familias de los fundos,o los primeros esfuerzos de los trabajadores por sindicalizarse a fines de los años treinta, las mujeres confieren mayor significación a los acontecimientos de su mundo privado. Ellas son actoras en su entorno cercano y solamente testigos en acontecimientos que no las incluyen.

Así, por ejemplo, muchas de las mujeres, además de traba-

jar en la hacienda han sido parteras realizando una labor de servicio dentro del vecindario. Ser partera otorga prestigio mientras no hayan llegado las postas rurales al campo. Más tarde, por los años cincuenta, ser partera comienza a representar el ejercicio de un quehacer delictual. Se prohibe, se castiga atender el parto entre vecinas o comadres y comienzan así a romperse las solidaridades femeninas.

Del mismo modo, dicha solidaridad centrada en un saber de mujeres, se ve obstaculizada con las transformaciones ligadas al ritual mortuorio: la desaparición del campo, cerca de los años sesenta, del entierro de los angelitos, es un buen ejemplo que ilustra esta situación.

Una suerte de desprestigio del saber femenino, acompaña la modernización del campo.

Y, sin embargo, el relevar la importancia que tiene cada etapa del ciclo de vida, que marca hitos, señala etapas y el relevar la significación que ha tenido para las mujeres la existencia de espacios propios, no hace que las mujeres no hayan tenido una forma singular de reconstruir el pasado por ellas vivido en la hacienda.

A menudo la figura del patrón, del terrateniente, del hacendado, se corresponde con los atributos de la bondad o la maldad. Esta concepción binaria del mundo, esta división entre patrones buenos o patrones malos, por lo corriente excluye la relación de explotación y de dominación entre el hacendado y los trabajadores. Ministros y mayordomos –los delegados del hacendado en orden a vigilar y a distribuir los trabajos– encarnan la maldad, el poder de quitar y otorgar, en tanto son éstas las figuras del mundo laboral intermediarias entre patrones y trabajadores.

Una cierta distancia social respecto de los afuerinos aparece en el discurso femenino: son los errantes, los vagabundos, los caminantes, siempre los más pobres que a menudo se imbrican con el bandidismo. Pero, el bandido es quien quita al rico para dar al pobre, es alguien que finalmente hace justicia buscando la equidad a través del reparto del robo o de los frutos de un asalto. Contrariamente, el que roba a los pobres, es visto como un simple asaltante o delincuente que profita de situaciones donde hay mujeres solas para robar, sin que a él se le asignen los valores justicieros del bandido que asalta al rico.

Los más pobres,caminantes, vagabundos o afuerinos,dentro

de la categorización social de las mujeres, no aparecen como los corruptores de los protegidos –de los inquilinos que pueblan la hacienda– como solían ser vistos por los patrones antaño. Para las mujeres son los más pobres, por lo tanto son buenos.

Esta visión binaria del mundo asocia la pobreza a la bondad y la riqueza a la maldad y aunque no se explicite siempre que el hacendado por ser rico es malo, el bandido es quien imparte justicia, quitando al rico para dar al pobre.

Dentro de la misma concepción del mundo, el acontecer fuera de la hacienda es por lo corriente ignorado, no se le conoce salvo excepciones como la presidencia de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941), el presidente bueno... con los pobres. Durante ese período ha llegado la radio al campo, la gente comienza a darse cuenta de las cosas, del mundo exterior a la hacienda. Con ello la gente también comienza a reelaborar sus propias concepciones,su visión del mundo,el cuestionamiento al mundo protegido de la hacienda; y así comienza a levantar preguntas acerca de la condición de los trabajadores.

Cuando una mujer dice: "*los candidatos eran amigos de los patrones*", lo hace frente a una realidad: los encierros y

comilonas que los hacendados daban a los trabajadores era para captar el voto a sus candidatos.

A partir de ese período, se comienza a hablar de los sindicatos. Llegan a hablar de ellos personas de la ciudad y los trabajadores comienzan a organizarse "*para defenderse de los patrones*". Sólo las ordeñadoras aparecen en la memoria de las mujeres como sujetos activos en las protestas campesinas y lo hacen de un modo singular: hacen paros espontáneos en los establos, sabiendo que las vacas se enferman si no se les ordeña y consiguen por esta vía, en situaciones puntuales, aumentos en sus salarios.

Todo intento por organizarse está influido por la ciudad, o por personas, o por diarios, o por la radio. Centrada la organización más que nada en el período de Aguirre Cerda, retomada en los albores de la Reforma Agraria bordeando los años sesenta y, entre estos dos períodos, se acusa más que nada un gran silencio en las mujeres entrevistadas.

La ciudad también acoge a las mujeres y las acoge a través de la reedición de relaciones serviles, ya que la joven hija de inquilino que escapa a la obligación de trabajar en la hacienda llega a la ciudad a trabajar como empleada doméstica. Pero

este tránsito es interpretado como un paso de liberación de las jóvenes de la dominación hacendal.

La Iglesia aparece a través de las misiones, bien como promotora de actos festivo-religiosos donde se bautiza, se casa, se confirma o se confiesa –momento en donde se borran las diferencias entre ricos y pobres– bien como momentos en que los curas invaden la intimidad de las personas y trasgreden su confianza a través de la confesión, luego de la cual informan a los patrones de robos y otro tipo de atentados en contra del orden hacendal. Es por eso, constatan algunas mujeres, que los despidos se hacían después de las misiones de la Iglesia en el campo.

Aparte de encontrar en el material autobiográfico una visión del mundo hacendal, los itinerarios laborales de las mujeres deben enmarcarse en un proceso gradual de transformaciones en el sistema de trabajo y las relaciones laborales de la hacienda.

A través del análisis de las trayectorias de cada mujer entrevistada, de su propio trabajo, del de su marido y el de sus hijos e hijas, podemos descubrir algunas tendencias y constatar algunos hechos que serán irreversibles.

La tendencia observada es que la fuerza de trabajo masculina tiende por un lado a homogenizarse a través de un proceso de proletarización. Esto significa que las distintas categorías de inquilinos irán desapareciendo en favor del predominio del obrero agrícola que aún cuando viva en los fundos y haciendas, ya por los años sesenta habrá perdido parte sustantiva de sus tierras y de las regalías propias a las formas de pago del sistema de inquilinaje.

Cuando aún se preservan la raciones de tierras, éstas han disminuido en cantidad respecto de las décadas anteriores.

El salario tiende a generalizarse como sistema de remuneración y con ello las familias inquilinas van perdiendo su espacio productivo.

En consecuencia, las mujeres tienden a perder su rol en la producción agrícola ya sea como ayudas familiares en las raciones, ya sea como hortelanas o como las encargadas de reproducir la ganadería menor.

Pero, lo más significativo para las mujeres, es la pérdida de sus puestos de trabajo en la hacienda como cocineras u ordeñadoras. En un caso por los efectos de la legislación laboral y

en otro caso por la mecanización de la ordeña. Tan sólo las temporeras y las obreras de planteles agroindustriales perdurarán como trabajadoras, en tanto la desaparición de cocineras y ordeñadoras será un hecho irreversible.

Finalmente, dar a conocer cómo eran las cosas en relación al trabajo femenino tiene también el propósito de entregar herramientas para enfrentar el presente y fundamentalmente las demandas de las temporeras que hoy trabajan en la fruticultura. Muchas cosas han permanecido inmutables, sin cambios y cuando una sociedad cambia para otros y no para las mujeres es preciso comenzar a interrogar a la sociedad en su conjunto. Uno de los aspectos que no han cambiado, es el de la segregación sexual del trabajo y la discriminación de que son objeto las mujeres en el trabajo asalariado agrícola.

Que por qué las mujeres no se sindicalizan, que por qué no se organizan, que por qué aceptan bajos salarios, son preguntas que se han planteado más allá de la coyuntura actual de nuestro país y más allá de nuestras fronteras. Este tipo de preguntas debieran estar insertas en una preocupación más amplia: *el entendimiento de la realidad laboral femenina más allá de la situación de las mujeres como fuerza de trabajo asalariada.*

Si bien el oficio de cocinera y el de ordeñadoras son trabajos que sólo perduran en la memoria de las mujeres, y forman parte de su historia laboral, la posición de la mujer en la agricultura moderna de exportación no ha variado sustantivamente respecto del pasado.

La discusión de este texto puede servir para imaginar y construir un futuro laboral con mejores condiciones de trabajo, mejores salarios, previsión social, guarderías infantiles y una repartición más equitativa de las tareas domésticas en las familias de las trabajadoras.

Los trabajos de las mujeres en la hacienda

En los años treinta, la población urbana apenas sobrepasa la población rural y en el campo, la mayoría de los habitantes vivía al interior de las haciendas[4]. Del conjunto de mujeres que trabajan en la agricultura, el 38 por ciento de ellas lo hacía en fundos y haciendas. Se trataba de empleos permanentes, semipermanentes y temporales, realizados por mujeres que vivían al interior de las haciendas. Ellas formaban parte de las familias inquilinas.

En 1936, el Censo Agrícola registró 21.190 mujeres inquilinas, 20.661 trabajadoras temporales residentes en las ha-

4 Mc Bride, Jorge: **Chile, su tierra y su gente**. ICIRA. Santiago, 1969.

ciendas y 13.024 que vivían fuera de las haciendas o fundos[5].

La ordeña manual era una de las ocupaciones femeninas por excelencia, antes de que se introdujeran las ordeñadoras mecánicas. Otras actividades como las labores en las cocinas de las haciendas, eran frecuentemente realizadas por las mujeres.

Aquellas cocineras debían hacer cotidianamente la comida a los peones e inquilinos, el pan y la galleta.

También las mujeres trabajaban en las labores agrícolas, en forma remunerada como muchas de las ordeñadoras y cocineras.

Corrientemente las labores agrícolas donde trabajaban las mujeres eran de tipo temporal o eventual y, dentro del conjunto de las mujeres que trabajaban en la agricultura, el 23.9 por ciento lo hacía sin estabilidad laboral según el Censo Agrícola de 1936. Los hombres, por el contrario, tenían

5 Garret, Patricia: **Some structural contraints on the agricultural activities of women: the chilena hacienda.** Land Tenure Center, No. 76, 1976.

mayor estabilidad laboral en el trabajo que las mujeres, a lo menos las categorías de trabajadores como administradores, mayordomos, capataces e inquilinos, no así los voluntarios ni los afuerinos.

El resto de las mujeres que trabajaba en la agricultura, lo hacía como "*personal familiar no remunerado*" y alcanzaba a cerca del 40 por ciento.

Pero,aparte del trabajo remunerado femenino en la hacienda, la mujer tenía una posición importante en la familia tanto porque realizaba un *trabajo reproductivo o doméstico* que, como hoy, era de responsabilidad femenina o porque realizaba un *trabajo productivo* de tipo agrícola, pecuario y artesanal. Esto, cuando la familia inquilina contaba con usufructo de tierras, o cuando se trataba de las pequeñas economías campesinas de las áreas de pequeña propiedad.

En esta situación la mujer era parte de la fuerza de trabajo familiar no remunerada. Por el contrario, cuando ella trabajaba directamente para la hacienda, y lo hacían en forma remunerada[6] como cocineras, ordeñadoras u obrera agrícola,

6 Las obligaciones solían hacerse sin dinero.



formaba parte de la dotación de trabajadores junto a los mayordomos o ministros, inquilinos, voluntarios y afuerinos, andantes o forasteros según la nómina lugareña.

El trabajo de las mujeres en fundos y haciendas a veces permitía que otras mujeres tuvieran menos *trabajo doméstico* en sus casas, ya que cada inquilino recibía a medio día su ración de comida y su galleta, para él y su familia.

Por este motivo, al interior de las casas de los inquilinos de fundo, donde vivía gran parte de los trabajadores y trabajadoras, las mujeres a menudo estaban liberadas de realizar la comida para el grupo familiar, porque en los mismos fundos se entregaba la ración de comida y galleta a los trabajadores y sus familias.

Testigo de esta situación era la forma como se organizaba el trabajo y la distribución de raciones de comida, en un fundo por el año 1937[7].

7 **Monografía económica cultural del fundo San Miguel de Molina.** Tesis de Prueba para optar al título de Ingeniero Agrónomo de la Universidad de Chile. Santiago, 1937.

Era un fundo plantado con viñas. Aparte del administrador, el mayordomo, el bodeguero y el capataz vivían en el fundo los inquilinos y los "*trateros*" con sus familias, además de la cocinera de raciones que era la mujer del capataz.

Las familias –hijos, hijas, esposas– de inquilinos y trateros estaban obligadas a trabajar en el fundo por un salario convencional, cuando se le requiriera.

Mientras a los inquilinos se les pagaba por día trabajado en dinero y se les asignaba una cantidad de regalías (casa, leña, un cuarto de cuadra para la siembra de chacras, un talaje, 100 kgr. de frejoles, dos fanegas de maíz en corontas, una ración de comida más dos galletas diarias), el régimen de trabajo y el tipo de remuneración para los trateros era diferente.

A cada tratero se le daban cuatro cuadras de viña. Debían realizar todo el trabajo de la viña en el año y eran pagados a trato. El trato correspondía a 280 pesos por cuadra de viña trabajada, adelantándosele de ese monto dos pesos por día trabajado. Se les daba casa y leña, dos fanegas de maíz y derecho a un talaje.

Como eran pagados a trato, los trateros ocupaban a todos

los miembros de su familia en el trabajo. Por cinco trateros residentes y contratados, ellos aportaban en conjunto con quince hombres adultos, nueve mujeres adultas y once niños. En épocas de vendimia trabajaban todos los miembros de la familia de los trateros. El fundo en esas ocasiones daba como regalías las siguientes raciones en comida: 270 panes y 80 raciones de comida, en tanto para los inquilinos se asignaba sólo una ración de comida y dos galletas diarias.

El régimen laboral existente en ese fundo para el trabajo de las viñas, mediante tratos, preveía el otorgamiento de comida no sólo para los trateros sino para todos los miembros de la familia que debía aportar con trabajo. De este modo, las mujeres estaban liberadas de cocinar en sus casas porque debían trabajar en las viñas.

Esto obedecía al hecho de que en fundos y haciendas, los patrones necesitaban de la fuerza de trabajo de los inquilinos y de los miembros de sus familias. Más aún, por el hecho de necesitar muchos trabajadores, el sistema de trabajo en las haciendas estaba basado en la familia como núcleo laboral y de reclutamiento de la fuerza de trabajo.

Las mujeres tenían numerosos hijos, que desde temprana

edad trabajaban al lado de sus padres, e hijas que trabajaban como cocineras, ordeñadoras, empleadas domésticas o ayudaban a sus madres en el trabajo doméstico de la casa, y a sus padres y hermanos en la agricultura.

Este trabajo doméstico de las mujeres para reproducir y mantener a familias numerosas, era una buena base material para asegurar a los patrones la fuerza de trabajo que necesitaban para hacer producir sus tierras.

Mas la carga de trabajo doméstico de las mujeres era pesada, a pesar de la existencia de raciones de comida y galleta.

Por un lado, porque las familias eran numerosas. En la mayoría de los casos, se trataba de familias extensas, vale decir, de familias donde un abuelo o abuela, algún tío o tía soltera, un hijo casado con su numerosa prole, vivían en un mismo hogar.

Y más aún, a veces un pariente lejano o un allegado, también vivía en la misma casa. Esto en razón del papel que tenía la familia en la propiedad hacendal como núcleo de reclutamiento de fuerza de trabajo para las labores de la hacienda. De esta forma, eran numerosas las familias, en razón del sis-

tema de trabajo que existía en las haciendas.

El inquilinaje se basaba en un sistema de trabajo en el cual el inquilino tenía con la hacienda una relación contractual, donde se establecía el sistema de remuneración y trabajo. Por los años treinta, se fijaba un monto de la remuneración en dinero (salario) y el resto de la remuneración en regalías: *las regalías más importantes para la reproducción de la familia inquilina era la ración de tierras, el derecho a talaje y la ración de comida, ración de leña y derecho a casa.*

En razón de la existencia de este sistema de trabajo, llamado inquilinaje, los inquilinos eran trabajadores para la hacienda y, a la vez, campesinos pequeños productores.

De allí que confluyeran los intereses de los hacendados por tener suficientes familias residentes que proporcionaran fuerza de trabajo a la hacienda y, de los inquilinos, por tener familias numerosas cuyos miembros pudieran trabajar las raciones de tierra mientras ellos trabajaban para la hacienda.

En este sistema de trabajo, la familia y la fuerza de trabajo que pudiera proporcionar para la hacienda y para las raciones de los inquilinos, era la base del funcionamiento del sistema en su conjunto.

En consecuencia, las mujeres tuvieron un rol laboral importante en el trabajo, en las raciones y en el trabajo en la hacienda. Así lo consignó en el siglo pasado un hacendado que escribió todo un manual sobre la manejo de las haciendas en Chile[8].

En el *Manual del Hacendado Chileno*, Balmaceda consigna diferentes tipos de trabajos femeninos según la pertenencia de las mujeres a los distintos estratos sociales que poblaban en esos años las haciendas. Las mujeres de los "*inquilinos de a caballo*"[9], no tenían obligaciones[10] en el trabajo para la hacienda. Pero sí debían concurrir a los trabajos hacendales, las mujeres pertenecientes a las familias de "*inquilinos de a pie*" e "*inquilinos peones*", vale decir, las mujeres de los estratos más bajos del inquilinaje. Tal como lo consigna Balmaceda: "(...) *las mujeres son igualmente útiles en muchas*

8 Valdés, Ximena: "Los procesos de incorporación y exclusión de las mujeres del mercado de trabajo agrícola",en **Sinopsis de una realidad ocultada**. Proyecto Mujeres campesinas y Asalariadas Agrícolas, CEM. Santiago,1987.

9 Mejor sitiados en la escala social de la hacienda, que acusaba una aguda diferenciación social interna.

10 La **obligación** era una relación laboral de renta-trabajo.

faenas i trabajos; si no las de la primera sección[11], *por lo menos las de la segunda i tercera*[12] *deben estar obligadas a amasar pan, hacer de comer en los trabajos, sacar leche, hacer mantequilla, quesos, esquilar, coser i remendar sacos, trabajar en la encierra de trigos en la avienta, barridos, en la siembra i cosecha de la chacra, i en muchas otras cosas en que no sólo son útiles sino que sustituyen perfectamente al hombre i aún con ventaja. El sueldo i jornal se arregla para cada una de ellas con relación al que ganan los hombres, a no ser que la costumbre lo altere.*

No es posible escusar a las mujeres –continúa el autor– *de los trabajos porque el hacendado en épocas de escases de peones, se vería obligado a retardar sus trabajos. Por otra parte, conocidas son las ventajas de hacer que las mujeres ganen su vida; pues para un inquilino son gravosas a causa de su poca renta, i uniendo los esfuerzos de todas al final llegarán a mejorar de condición*"[13].

11 Inquilinos "**de a caballo**", estrato de inquilinos con mayor usufructo de tierras.

12 Corresponde a los inquilinos "**peones**" y "**de a pie**".

13 Balmaceda, José Manuel: "Manual del hacendado chileno", en **Antología chilena de la tierra**. ICIRA. Santiago, 1970.

Según estos antecedentes, las obligaciones existentes en el sistema de inquilinaje, dependían de la posición social de las familias residentes en las haciendas.

Así, entonces, la pertenencia de clase de las mujeres, incidía en el hecho de que estuvieran obligadas a trabajar para la hacienda aquellas mujeres pertenecientes a las categorías sociales más desposeídas tales como las de los "*inquilinos de a pie*" e "*inquilinos peones*" que, a diferencia de los inquilinos "*de a caballo*" contaban con un menor usufructo de tierras y pocos o nulos derechos sobre talajes de animales.

En el contexto de las relaciones contractuales del sistema de inquilinaje[14], el reclutamiento de mujeres y fuerza de trabajo, en general, fue hecho a través de los mismos inquilinos, de ahí que los miembros de las familias residentes se constituyeran en una suerte de "*sobrepoblación relativa*" al interior de las haciendas. Si bien, los inquilinos más acomodados podían contratar a peones allegados o afuerinos, los más

14 Góngora, Mario: **Origen de los inquilinos en Chile Central**. Editorial Universitaria. Santiago, 1960; Shejman, Alejandro: **Los inquilinos de Chile Central**, (mimeo). ICIRA. Santiago, 1970.

pobres sólo podían pagar la obligación con el trabajo de las mujeres, hijas e hijos, de su propia familia.

En suma, se trataba de mercados cautivos de trabajo,donde mediante un sistema de renta-trabajo, los inquilinos proporcionaban fuerza de trabajo para la hacienda. Esta fuerza de trabajo provenía de su propia familia o era reclutada por los mismos inquilinos dentro de sus relaciones de parentesco y en las áreas de minifundio vecinas.

Escuchemos el testimonio de algunos hombres y mujeres que fueron testigos de esta situación.

En la hacienda El Tártaro - Vicuña de Aconcagua vivieron Juan, nacido en 1919 y Sara, nacida en 1917, ambos en la misma hacienda donde trabajaron toda la vida sus padres[15]

Juan fue inquilino y tuvo en esa hacienda una ración de tierras o "*arriendo*" como se le llamaba en aquel lugar.

"Como arriendo yo recibía más o menos como

15 Acuña, Lila: **Hombres y mujeres en Putaendo: sus discursos y su visión de la historia**. Biblioteca de la Mujer, CEM. Santiago, 1986.

> cuatro cuadras. La otra regalía era talaje en el campo, para los animales. Para un número de treinta animales daba el patrón y la otra regalía que me daba cuando venía a trabajar al fundo, mandaba una ración de porotos, de comía de fondo que se llamaba, a la hora de las doce, y en la mañana cuando me entregaba la herramienta (...)".
>
> "Los arriendos grandes tenían un peón, pero además, se le exigía por tres meses, por noventa días, otro obrero más. Es decir, si yo tuviera un arriendo grande, entonces me exigía el patrón un año con un peón de trabajo y tres meses más que tenía que tener dos peones, dependiendo la obligación del arriendo[16].

Cuando a un inquilino se le entregaban tierras en regalías, la obligación se pagaba en trabajo, proporcionando peones para la hacienda, además del trabajo del mismo inquilino. En razón de que el inquilino debía cultivar sus propias tierras, a menudo él mismo tenía que contratar peones para trabajar

16 Idem. op. cit.

la ración, además de usar como trabajadores a sus propios hijos, hijas y esposa.

A propósito del peonaje hacendal, Juan agrega:

> "Mi señora le tenía ropa lavaíta al hombre que llegaba de la hacienda".

En tanto Juan como inquilino trabajaba para la hacienda y, al mismo tiempo, trabajaba las tierras que se le entregaban como ración, debiendo por este sistema de trabajo contratar peones, su mujer Sara vivía las cosas de otra manera:

> "Todos los hombres trabajaban en la agricultura y yo hacía las cosas de la casa: comida y lavar todo, todo. De chica yo he trabajado. Tuve que criar a mis hermanos chicos, por eso es que le digo yo que la vida mía ha sido para mucho sufrimiento. Yo sola en la casa para hacer todo el quehacer para ocho hombres que habían y cuando había peones, hasta diez (...)[17].

17 Idem. op. cit.



Aparte del trabajo doméstico de la casa para criar tanto niño, a Sara se le sobrecargaba su trabajo con la alimentación y el lavado de ropa para los peones, "*juanillos*" que le llamaban en el lugar. Y, fuera de la casa, en la ración, cortaba lentejas y porotos, ayudaba en las siembras, ordeñaba cabras de un hato de 150 animales y mantenía permanentemente un huerto después que se casa.

De mala calidad, la ración de comida de la hacienda El Tártaro - Vicuña era utilizada en alimentar a los animales, por lo tanto Sara debía cocinar día a día para sus hijos y sus hijas que fueron nueve. Así lo asegura Juan, su marido:

> "Mala comida (...) le echaban un poquito de grasa a veces. A veces no le echaban nada. Y como el poroto, mal hecho, nosotros teníamos la costumbre de llevar a la casa todo el tiempo, ya se criaban cabritos, gallinas y se preparaba cabrito pa'tener en la tarde, carnecita pa'comer, quesito, huevitos, algún pollito, la ración de fondo ni la mirábamos".

¿Cuál era entonces la posición de la mujer en la hacienda?

Por un lado, estaban las mujeres que, como Sara, se dedicaban a trabajar para la reproducción de la familia, entendiendo por reproducción el tener hijos en primer lugar, cuidarlos, alimentarlos, realizar todas las labores domésticas que implican una familia numerosa: lavado, hacer y remendar la ropa, elaborar alimentos, hilar y tejer, hacer el aseo. Este conjunto de actividades conforman el *trabajo reproductivo*, de responsabilidad femenina y sin valoración alguna, hasta ahora.

Por otra parte, la realización de una serie de *tareas productivas* formaba parte del escenario laboral de las mujeres de hacienda:

- reproducir y criar aves de corral
- criar cerdos y cabras
- ordeñar vacas
- ayudar en siembras y cosechas en las raciones entregadas a los inquilinos

Dada la posición de la mujer en la familia de campesinos-inquilinos y su posición en la hacienda, a lo largo de los días y los años, una mujer realizaba muchos y variados trabajos.

Es así como en ocasiones las mujeres trabajaban para la

familia, y en ocasiones lo hacían para la familia y la hacienda.

Dentro de las distintas actividades que realizaban las mujeres para el sustento de sus familias, el hilado, el tejido, la factura de loza, la agricultura, etc., conformaban un abanico de trabajos que, cuando se orientaban al mercado con un cierto nivel de especialización, se transformaban en oficios de mujeres. De esta manera, las mujeres solían vender su pequeña producción en los mercados locales o, simplemente entre vecinos y parientes.

Mercedes Cabrera, nacida en 1920 hacia la costa de la provincia de Curicó, nos relata cómo ella hacía sus hilados y tejidos[18].

> "Yo, fíjese, se armar camas. Yo lavo las camas, las deshago. Tengo dos camas de lana. Pongo la lana y la aporreo bien aporreadita con un palo, entonces la lana se esponja, queda bien esponjadita y cae toda la tierra y yo misma la lleno. Me

18 Mack, Macarena y otras: **Los trabajos de las mujeres entre el campo y la ciudad**. Biblioteca de la mujer, CEM. Santiago, 1986.

buscaban antes pa'llenar camas, sí me buscaban pa' llenar camas y yo las llenaba. Las mías todavía las deshago y las lavo; los cotines, no ve que se lavan y (...). Me pagaban sí, si cuesta caro, piden caro pa'llenar una cama, si cualquiera no sabe. La lana, allá donde estaba tenía muchas ovejas, así que allá a mí me dieron lana. En fin, yo hilaba ahí. Una lana bien buena, yo venía y lavaba esa lana y se secaba y quedaba blanquita; entonces se hacía copo, la limpiaba y la escarmenaba —como se dice— y enseguida se hacía copos así bien redonditos y ahí después una va hilando en el huso. Llenaba una husa así, después llenaba dos husas, así torciendo el hilo. Con dos husa se hace un ovillo grande. Yo hilaba y le hacía escarpines a los chiquillos así. Una manta le hilé al Víctor; le hilé el hilo y le mandé hacer una manta tejía; a Pancho también le hilé otra también tejía; hilé una frazada. Unas frazadas de lana muy buenas; hilé unas frazadas bien buenas. Y antes todas esas cosas las hacía, tejía, también como ser chales, todas esas cosas. Me mandaban a hilar, también hilaba ajeno. Como ser pa'mantas, pa'chombas, como el hilo tiene que quedar

> bien parejito. No ahora hace tiempo que no hilo, años ya porque no hay lana".

Porque la mujer campesina ha tenido que hacer un poco de todo, también loza, aunque ya a comienzos de este siglo existieran industrias que fabricaban ollas, platos y otros implementos de cocina. La mujer de campo tenía que hacer los numerosos trabajos que se necesitaban para abastecer a la familia y, en una misma mujer podíamos encontrar los múltiples oficios que otras mujeres realizaban en forma más especializada[19].

Para ilustrar esta situación, veamos cómo la misma Mercedes Cabrera conoció el oficio de locera alrededor de 1930, aún siendo niña:

> "Si allá donde estábamos se hacía loza porque mi mamá hacía y yo cuando ella estaba haciendo loza yo me ganaba cerca y pescaba un pedazo de

19 Valdés, Ximena y Matta, Paulina: **Oficio y trabajos de las mujeres de Pomaire**. Edición Pehuén/CEM. Santiago, 1986.

> greda y comenzaba a mañocarla y aquí y allá y hacer también y hacía platos y ollas pa'la casa".

No faltó el trabajo, siendo Mercedes niña, en la pequeña propiedad de su madre y sus tías, antes de irse a trabajar a un fundo. El pequeño hato de cabras debía ser ordeñado, luego hacer quesos para la venta y así conseguir algunos pesos:

> "Se sacaba leche de cabra en el verano allá en unos baldes grandes, llenito sus dos baldes. Ibamos con la prima hermana para allá, a la subidita que había a sacar leche en el corral. Hacíamos quesos".

Pasado 1930, su madre y tías se ven obligadas a vender las pocas tierras que poseían y Mercedes comienza a trabajar con su madre en fundos. Es la situación de muchos pequeños propietarios costinos que no pueden vivir en tierras tan pobres de extensiones tan reducidas.

La madre de Mercedes busca trabajo como *cocinera de*

fundo. A poco andar, porque las tenían "*cautivas*" y prácticamente no les pagaban, Mercedes a los doce años busca por sí misma un trabajo, como lo hizo su madre después de vender sus pocas tierras.

> "Yo le dije: Mamá yo me voy a ir a escondidas, yo me voy a ir para donde mi tía, que ella me busque por allá trabajo donde ganar la comida. Más que sea el vestuario y enseguida se va usted. Bien, bueno, me dijo ella. Sí era un fundo, se llamaba El Agua Buena, me quedé yo ahí. Fui aprendiendo a hacer los quehaceres. Conocer comidas primero. Después ya me fueron echando el peso del pan y así, el lavado. Trabajé mucho. Hacía las galletas grandes, y pan hacía un canasto papero así como aquellos, llenito, colmado de pan día por medio. Tres almud de pan, tanto en galleta y a veces no hacía galletas, se hacía la comida a los trabajadores en la mañana, yo la hacía, para 15 trabajadores. Las galletas las hacía con harina cernía de trigo, pero mandaban a moler el trigo y se cernía el harina y ahí se hacían las galletas, quedaban ricas, de harina, no

de harina flor, de esa otra harina, harina de centeno, ricas quedaban. Ahí yo las hacía; y trabajé, estuve tiempo. El día que no hacía pan, hacía el lavado, pero mucha ropa, tenían siete niñas, puras mujeres. Yo lavaba sábanas, ropa chica. Después de doce, porque en la mañana tenía que hacer el almuerzo, lavar los platos, dejar todo limpio; en la tarde, la once, la merienda, todo y después dejar todos los trastos lavados para el otro día (...). Si yo tenía que incluso hasta carniarle, como ser matar un cabro, un cordero, cualquier cosa. Yo misma lo mataba, los descueraba, todo".

En 1945, Mercedes después de trabajar varios años de cocinera en fundos, en los lavados y otras cosas, se casa.

No cesan los trabajos. Vive en fundos y en una pequeña propiedad de la familia de su marido; tiene diez hijos. En los fundos le dan a su marido una ración de tierras y Mercedes continúa haciendo numerosas tareas.

"Yo me levantaba en la mañana siempre como a

las seis de la mañana, darle el desayuno a él y todos pa'que se fueran al trabajo. Entonces ahí dejaba a los niños desayunando. Mi mamá estaba con nosotros, los dejaba con ella y me iba a hacer las galletas a las casas patronales; después venía a hacer el almuerzo acá, hacerles el almuerzo a los trabajadores; después a lavar. Y después el día que no hacía las galletas, me iba a lavar a la casa de la señora. Oiga, unos manteles de mesa de comedor tan largos. Ahí donde me demoraba lavando, sobre todo para enjuagarlos a mano.

Los días domingo hacía alfajores, empanadas y pan para vender. Incluso cuando me mejoré del Víctor, en la noche había hecho, porque lo dejaba hecho en la noche y en la mañana lo cocía.

Majadilla, así se llamaba el fundo. Ahí donde yo trabajaba duramente, ahí les hacía el pan, las galletas, las venía a hacer a la casa en la tarde; las dejaba hechas y después de almuerzo las venía a cocer ahí mismo. Entonces ahí la señora, a veces (...) yo le tenía que venir a lavar a la

misma casa y a plancharle. Otras veces yo me llevaba la ropa para allá y así, hacerle la comida también a los trabajadores, quince algunas veces, varios todos el tiempo.

El amasado era un trabajo que yo le hacía y ellos me pagaban, me pagaban una miseria. Como ser, les hacía la comida yo, me pagaban mensual junto con el sueldo de él. Pelaba mote y hacía porotos con mote no más. Me pagaban y me daban ración, como ser me daban una galleta en la tarde y otra en la mañana; como ser la ración de porotos, de trigo, un cuarto de trigo creo que era, un poquito y porotos.

También tostábamos y yo hacía el harina. Se hace en callana, de lata. La menean con un palito de ahí se va tostando. En la piedra molía, no teníamos molinillo, en la piedra.

Después nos vinimos a Tutuquén, ahí mi marido trabajaba como ser en hortalizas, ahí yo le ayudaba a limpiar, ahí trabajamos mucho. Ahí tenía como ser tomates, cebollas, ají, sandiales, maíz,

porotos, todo eso, tenía harta chacra. Ahí casi me mataba yo ayudando, era malo el rico.

Yo criaba chanchos también, criaba sus dos o tres chanchos y los vendía".

En 1920 las mujeres del campo habían disminuido su presencia como hilanderas, tejedoras y loceras. Habían perdido gran parte de su presencia en el mercado, porque ellas eran las que hacían las cosas que comenzó a hacer la industria.

Muchas mujeres se fueron a las ciudades a trabajar como cocineras, empleadas, lavanderas o costureras, pero las campesinas debido a la precaria situación económica y debido a que al campo tampoco llegaban muchos de los productos que se encontraban en las ciudades, tuvieron que seguir desempeñándose como tejedoras,hilanderas,productoras de alimentos, loceras, en sus propias casas y hacer todos estos trabajos para la familia.

En áreas de pequeña propiedad, la pobreza, la venta de tierras, obligó a muchas a trabajar en fundos y haciendas, entonces los trabajos se multiplicaron y los días se acortaron para las mujeres.

Pero, a pesar de la gran cantidad de trabajos que las mujeres realizaban en las haciendas, ya sea como fuerza de trabajo familiar no remunerada, ya sea como "*obligadas*" o asalariadas de la hacienda, su posición se caracterizó por estar desmedrada respecto de los trabajadores hombres.

En la familia, era responsable de un sinnúmero de tareas realizadas en forma gratuita, sin reconocimiento social y con poca ayuda de los hombres. Esta división del trabajo por sexo en la familia, en la cual las mujeres se ocupaban de las tareas domésticas y los hombres del trabajo asalariado que se hacía fuera de la casa siendo inquilinos, explica la discriminación de la mujer en el trabajo remunerado, de su subordinación en la sociedad.

Las mujeres aunque tuvieron la responsabilidad del trabajo doméstico, también producían en el marco de las economías campesinas. Realizaban los productos que habían aprendido a hacer de sus abuelas y madres: las frazadas, los ponchos, la ropa, platos e implementos de cocina, hortalizas, aves y otros animales.

Cuando se las requería para las siembras y cosechas, las mujeres trabajaban en la agricultura, como ayuda-familiares,

Vale decir que, aparte de tener su espacio laboral propio, ellas aportaban con trabajo en actividades a cargo de los hombres, en tanto las tareas domésticas se encontraban bajo la exclusiva responsabilidad femenina, sin contar por lo corriente, con la ayuda masculina.

Derivada de esta situación, cuando las mujeres realizaban trabajo remunerado en la hacienda, se las ocupaba en los trabajos peor pagados, a menudo en las actividades que no eran más que prolongaciones de su rol doméstico: la cocina, el cuidado de niños, el lavado y, en general, los servicios para otros. La ordeña y el trabajo agrícola eran actividades también realizadas por las mujeres en el marco de las economías campesinas, situación que se daba cuando los inquilinos contaban con usufructo de tierras.

Las cocineras

En los fundos eran las mujeres quienes hacían la comida para los trabajadores a quienes se les pagaba con ración de comida. Para las mujeres era una "*obligación*" trabajar y así tener derecho a vivir en los fundos. El de cocinera era un trabajo para las señoras e hijas de los inquilinos y, especialmente, para las mujeres solas.

El trabajo lo aprendían las niñitas, en la casa se lo enseñaba la madre y ella había aprendido a su vez de su madre: cocinar, se transmitía a través de generaciones de mujeres. Sin que las cosas hayan cambiado enormemente en el presente.

En 1916, en la Hacienda Camarico, cerca de Talca, que

pertenecía al entonces presidente de la República don Juan Luis Sanfuentes, a los afuerinos se les pagaba un peso al día y se les daba una "galleta" en la mañana, un plato de porotos a mediodía, y otra "galleta" en la tarde. Era la esposa del mayordomo del fundo la que repartía la ración de porotos. A veces la comida eran papas o pantrucas. La mujer se instalaba con una gran olla, se tocaba la campana y venían los peones con sus chocas y platos para recibir dos o tres cucharones de comida y sentarse a comer en un tronco o bajo algún árbol[20].

En el siglo pasado y a comienzos del presente, no sólo en los fundos y las haciendas las mujeres trabajaban en la cocina. Era lo mismo en la ciudad y aún hoy día el trabajo de la cocina lo hacen en su mayoría las mujeres.

En 1854, habían 20.634 cocineras; en 1865 eran 20.096; en 1875 la cifra era de 31.200 y en 1885 eran 29.980[21].

20 Pinochet, Tancredo: "Inquilinos en la hacienda de Su Excelencia", en **Antología chilena de la tierra**. ICIRA. Santiago, 1970.

21 Salazar, Gabriel: **Labradores, peones y proletarios**. Ediciones SUR. Santiago, 1985.



El trabajo en la cocina es un trabajo de servicio, es un trabajo doméstico remunerado que realizan cerca del 25 por ciento de las mujeres trabajadoras hoy en día. En la actualidad, es la cocina y el cuidado de los niños el trabajo que se ofrece a las campesinas que se van a la ciudad y este tipo de trabajo es lo que la mujer ha aprendido en sus casas desde pequeña.

La presencia de las mujeres como cocineras en fundos y haciendas se explica porque los hombres trabajan en las tareas agrícolas y a ellos se les pagaba una parte de su remuneración con comida que hacían las mujeres.

Las mujeres en las haciendas normalmente tenían que pagar su "obligación" como cocineras en las casas patronales y para hacer la comida de los trabajadores. Eso ocurría cuando eran casadas y sus maridos trabajaban en forma permanente. Como mujeres solas, muchas no tenían casa; habitaban en las casas de los fundos y era ese tipo de trabajo lo que a la mujer le permitía tener un lugar donde vivir.

En el fundo El Agua Buena, alrededor de 1930, la madre de Mercedes tuvo que empezar a trabajar como cocinera cuando su marido murió.

> "Yo tenía como diez años y estábamos con un rico muy malo. Mi mamá le hacía la comida a los trabajadores y el destino que medaba a mí ese patrón era que le juntara huevos. Tenía hartas gallinas y nos manejaba muertas de hambre. Vivíamos en la casa patronal, no nos dejaba salir, nos tenía cautiva, le diré mejor".

Las mujeres solas no se podían defender, Mercedes se sentía cautiva, no podía salir, cuando logró escaparse de ese fundo tuvo que trabajar aún más duro. Lo hacía como cocinera, lavandera y hacía el aseo. No le pagaban con dinero, sólo le daban alimentos y ropa y una pieza para dormir con su madre.

Ser viuda significaba quedar sin amparo, una mujer sola podía ser expulsada del fundo con mayor facilidad, sobre todo si era de edad.Al no poder trabajar en el campo su única alternativa era el trabajo en las casas patronales, si era una mujer anciana,por el contrario,no encontraba ningún trabajo.

En 1947, en el fundo El Picazo, propiedad de la Iglesia,

una mujer se dirige al Presidente de la República, Gabriel González Videla, porque la iban a expulsar de la casa que ocupaba junto a su marido que había muerto:

> "Me dirijo respetuosamente a usted Excelentísimo señor para volverle a decir de una carta que le mandé para saber el resultado porque no me dejan en la casa siendo que soy viuda y no tengo más amparo que Dios del cielo. Recurro a usted porque soy pobre y no tengo lo necesario para yo poder arrendar (...) pero como los cura dueño de fundo no les importa nada de los pobres porque más que la vean que se está muriendo, no se encuentra ningún amparo (...) Me an hecho tanto sufrir porque no le abía entregado la casa siendo que una es sola no encuentro donde irme (...) yo no les he dado ningún motivo para que me echen pero como en este fundo obligan a las mujeres que trabajen, además que mi marido trabajó durante tantos años aquí en el fundo que por ello perdió la vida, estuvo trabajando 32 años (...) también yso esta casa donde estamos y no le pagaron todo el trabajo. Además me

PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA
SECRETARIA GENERAL DE GOBIERNO
9932
1947

P-7-10-5-1 Relac

Exselentesimo Señor Presidente de Chile Sr Grabriel Gonzales Videla

Me dirijo. Respetuosamente a Ud Exselentisimo Sr para borverle a decir de una carta que le mande para saber el resultado porque no me dejan en la casa siendo que soy Viuda y no tengo mas amparo que Dios de cielo y por eso recurro a Ud su Exselencia porque soy pobre y no tengo lo necesaria para Yo porder arendar ademas por aver ido a Santiago para haber si podia hablar con Su Exselencia me encuentre Hospitalizada en Talca pero como los Cura dueño de fundo no no le importa nada de lo pobre porque mas que la vean que se esta muriendo no se encuentra ninguna amparo con ello tambien me anhecho ganta lo pasado y me an hecho tanto sufrí por que Yo no le abia entregado la casa siendo de uno

Crasolo Y no en cuentro donde ir me por
eso no le abia entregado la casa pero
como son un hombre sin conciencia
me an demandado esta por el juez de
del Crémen por que ellos como son
rico se le allo donde habla y a
uno que es pobre no le hacen caso
a si que en Chile no hacen nada por
los pobre Señor Presidente Yo me
alegraria que mandara aber este
fundo por aqui hacen lo que quieren
le pangan $ 3 pesos y ademas le
sacan seguro Y no le tiene libreta
Y des pagan al mes. Su Excelencia Yo
le agradeseria en el alma si me dejan
en esta casa y si Ud le mandara una
tarjeta a los curas de convento de San
Agustin Son lo dueños del fundo
Excelentisimo Sr Yo no le hedado
ningun motivo para que me hechen
pero como en este fundo obligan estas
las mujeres que trabajen ademas
mi marido trabajo durante tanto
años aqui en el fundo que por
ello perdio la vida estando

III

Trabajando durante 32 año que estuvo aqui tambien el Gro esta casa donde estamos y nio le pagaran todo el trabajo ademas me encuentro enferma en el Hospital de Baleo y siempre me estan aperando que les entregue la casa ahi tiene Su Exselencia como son los padre todos catolicos tambien le direjo aqui que si no desocupaba la casa los dias de este mes le van a votar los Gobo al camino. le Ruego su Exselencia que me aga este gran favor de contestarme esta otra semana Escelentisimo Señor Presidente Ruego me perdone esta gran molestia que aviendole quitado un minuto de su precioso tiempo de rodillas le me pardone me despido de su Exselencia

Su direccion es estacion Mariposa fundo el Riego.

Dominga Puebla Vda de Villagra.

El Riego Octubre 23 de 1947

encuentro enferma en el Hospital de Talca y siempre me están apurando que les entregue la casa (...)".

(Extracto de la carta dirigida por Dominga Puebla viuda de Villagra a Gabriel González Videla el 13 de octubre de 1947)[22].

Las mujeres empezaban ayudando a sus madres, luego eran ellas mismas las que las reemplazaban. Los patrones preferían a madre e hija, porque las conocían y ambas trabajaban más que una sola persona,pero a la niña no se le pagaba. La madre debía enseñar a la hija exactamente lo que debía cocinar y en qué cantidad y cómo servir. Pero también las niñas debían hacer el trabajo que la madre dejaba de hacer en la chacra, cuando tenía que hacer las galletas y el pan. La mamá trabajaba de cocinera fuera de la casa, la hija se quedaba haciendo la comida para la familia y trabajando el huerto, como lo consigna Margarita, nacida alrededor de los años veinte en el fundo El Durazno, provincia de O'Higgins.

22 Loverman, Brian: **El campesino chileno le escribe a Su Excelencia.** ICIRA. Santiago, 1971.

"Viví la vida antigua y por eso no me recuerdo en que año nací, pero si fue aquí en El Durazno, en este mismo fundo que ya parcelaron.

La mamá mía, ella le hacía la comida para los peones. Se juntaban muchos porque eran todos los que trabajaban en la triguera, ahí donde estaban trillando. A veces había como cincuenta hombres: los gavilleros, los que andaban con carreta, los que trabajaban en la máquina. A todos esos,la mamá tenía que hacerles la comida. Para eso se juntaban unas dos personas –mujeres– y hacían unos fondos grandes llenos de de comida: eso era "obligación". En el fundo las mujeres trabajaban mucho, sabían segar el trigo con hechona; segaban en la ración y si también tenían chacra, sembraban garbanzos, lentejas y eso después se iba a arrancar. Esos trabajos los hacíamos las mujeres porque los hombres estaban "obligados" trabajando en las tierras del patrón.

Cómo la mamá mía tenía mucho trabajo, a eso de las seis, antes de que rayara el sol, ya una de

> chica estaba en las huertas trabajando. Una se levantaba, hacía huertecita, iba a echar el agua y regaba. Ya si tenía la maleza, una se ponía a picar con el azadón.
>
> En el fundo nos daban un pedazo de tierra –la ración que llamaban– teníamos vacas, sacábamos leche y hacíamos el queso las mujeres.
>
> Ibamos con la mamá a sacar papas a las chacras, a quebrar maíz porque los hermanos hombres tenían que estar de punta para pagar la "obligación": todos los hermanos que uno tenía, tenían que ir a trabajarle al patrón y por eso los hombres no tenían tiempo para trabajar en la ración, porque pasaban trabajando en el fundo y por eso, ya de siete años una ya era capaz de hacer las cosas".

Florisa empezó a trabajar a los diez años como obrera en el fundo La Rosa, luego se traslada al fundo La Esperanza como cocinera, a los dieciseis años ya tenía que atender a más de veinticinco trabajadores[23].

23 Nacida en 1920 en el fundo La Rosa de Peumo,Provincia de O'Higgins.

"Nos fuimos del fundo La Rosa porque nos estaban quitando las raciones. Yo tenía 16 años cuando nos fuimos al fundo La Esperanza porque nos daban más garantías, dejé de trabajar en la fábrica en La Rosa y de ahí yo empecé a hacerle la comida a los trabajadores en el fundo La Esperanza. En ese fundo trabajaban puros hombres, la mujer no salía de su casa porque el trabajo que había era el del trigo, las trillas y la corta de uva. Yo salía a las trillas, a los potreros, a hacerle comida a los trabajadores, iba en mi caballo no más, las cosas me las mandaban adelante y cuando llegaba, ya me tenían las cosas listas.

Los trabajadores me hacían el fuego y yo hacía el almuerzo; les dejaba el almuerzo hecho y de ahí me iba a mi casa. Trabajaba medio día no más. Había más de 25 trabajadores en la trilla de trigo y ya cuando tocaba la tomadura de uva ahí me cargaban más porque tenía que hacer ciento y tantas raciones de comida en unos fondos inmensos de grandes. Cada trabajador llevaba su ollita para recibir su comida. El que me daba las

> órdenes era el llavero de la comida. Me pagaba en plata, semana corrida, veinticinco pesos por vez, pero también sacaba regalías: cuando mataban un animal me daban sus buenos kilos de carne".

Florisa migra a Santiago a los veinte años. Los años cincuenta son tiempos de grandes migraciones de mujeres campesinas que buscan trabajo en casas particulares, como empleadas domésticas en la ciudad. Florisa trabaja también como empleada en Santiago.

Pero no sólo es el caso de Florisa, muchas campesinas terminan sus días realizando el mismo trabajo de antes en el fundo, después en casas más pequeñas con patrones urbanos.

Inés, nacida en 1920, era hija de un inquilino del fundo Mariposa de Talca, cuando se queda sola porque se separa de su marido, empieza a trabajar de cocinera. Vivió 28 años en el fundo perteneciente al Seguro Obrero, que pasa a la CORA en los años setenta. Inés trabaja dando pensión y le pagan igual que antes de la Reforma Agraria, en dinero y con una ración de alimentos.

Luego en 1974/1975, el fundo para a la parcelación que realiza el gobierno militar, entonces Inés debe dejarlo e irse a la ciudad de Talca a trabajar como empleada doméstica.

> "El fundo Mariposa quedaba para el lado de la cordillera. Había hartos empleados, administradores, mayordomo. Después había dos empleados más, después ya había primero y segundo llavero, primero y segundo capataz, todo de a dos porque era muy grande. Había muchos inquilinos. Mi papá era inquilino, después llavero y cuando murió, siguió mi hermano de llavero. Nosotros estuvimos 28 años, hasta que se parceló. Me casé y después que me separé, entonces ahí empecé a trabajar en hacer pan, comida (...). Hacía un quintal en la noche, otro en el día, así que yo a las siete de la mañana ya tenía todo el quintal hecho de pan. Tomaba desayuno y me ponía a hacer otro quintal.
>
> Cuando yo entré a cocinar a las casas me daban una cuadra y me daban ración de pan.



> Habían más de 200 inquilinos, a las doce les daban porotos y dos veces en la semana cazuela porque mataban novillos; en la tarde se le daban pancutras".

La cocina es un espacio de mujeres. Honorinda Vielma, nacida en 1917 en Collihuay, localidad cercana a Quinchamalí, en tanto cocinera de fundo reclamó el control en la cocina, como su espacio laboral. Trasladando lo que para las mujeres es propio en la casa, el lugar de trabajo, Honorinda reivindica en su labor de cocinera, su propio espacio femenino.

> "Estaba viuda yo con una hija, estaba haciendo pan, ocupada en el fundo San Vicente y ahí fue donde conocí a mi marido que era mayordomo porque uno ya siendo casada cambia la cosa, no es como cuando la persona es soltera.
>
> En el fundo no había nada de inquilinos, todos eran gente de afuera, no del fundo. Había como tres personas que tenían casa ahí; no eran muchos, como la gente que recibían era de afuera (...).

A mi marido no le daban regalías, no se usaba la regalía, nada más que la pura platita.

Entraron a portanse mal. Yo me estuve varios meses de cocinera y a mí no me gustaba que los trabajadores me fueran a pasarme a llevar, porque yo era la dueña de la cocina.

Iban a recibir su ración cuando ya les llegaba la hora de las doce, ahí recibían su ración que se las entregaba yo.

¿Por qué iban y se metían antes a probar la comida?

Entonces yo alegaba que no, que yo era la cocinera. Si ellos querían ser cocineros, entonces yo me salía. La ración era de porotos, de porotos con tallarines. Galleta no se les hacía; en esos años no se daba galleta más que una ración de harina en la mañana, harina tostá y un caldito de papas, y a las doce la ración misma de porotos, de comida y a la tarde a recibir la ración de harina.

> Después me salí de San Vicente, me fui a otra parte. No me gustó que los trabajadores me trataran mal. Entonces le dije yo a mi esposo: —yo me voy a ir—. El le dijo al patrón que me iba a salir —y ¿por qué?, le dijo. Porque fulano de tal la trató mal,como él quiso meterse en la cocina, ofreciéndole que le iba a pegar, entonces ella no aguantó.
>
> De la cocina del fundo yo me venía a hacer la comida de la casa. En ese tiempo yo tenía tres niñas, una que tenía antes de soltera que él me reconoció y después tuve a la Irma y a la Blanca. Mi mamá me tenía a la Hilda, la primera".

En 1937, en un fundo de Talca[24], la cocinera del fundo era quien recibía el salario más bajo junto al mozo de servicio. En el fundo trabajaban el administrador, el mayordomo, el capataz (marido de la cocinera), el bodeguero, dos inquili-

24 **Monografía económica cultural del fundo San Miguel de Molina.** Tesis de Prueba para optar al título de Ingeniero Agrónomo de la Universidad de Chile. Santiago, 1937.

nos, cinco trateros, la cocinera y el mozo, aparte 28 forasteros.

Descontando los salarios de los forasteros, que trabajaban sólo algunos días al año, el total de sueldos y salarios pagados en dinero al año ascendía a 24.500 pesos y a 23.121,75 pesos equivalentes en regalías. Dentro de la dotación de las trece personas que trabajaban ese año en el fundo, la cocinera percibía el 3.9 por ciento del dinero pagado en salario y el 4.27 por ciento de las regalías en equivalente en dinero.

Comparando los salarios de los inquilinos, de los trateros y de la cocinera nos encontramos con una remuneración anual de 1.300 pesos para cada inquilino, 996 pesos para cada tratero (trabajaban algunos días al año) y 960 pesos para la cocinera, en tanto las regalías avaluadas en dinero correspondían a 1.737 pesos para cada inquilino, 1.507,9 pesos para cada tratero y a 988,8 pesos para la cocinera.

En consecuencia, las remuneraciones en dinero y regalías se distribuían de la siguiente manera entre los trabajadores:

- Inquilinos $ 3.037
- Trateros $ 2.503,9
- Cocinera $ 1.948,8

Para el personal de vigilancia, sólo masculino, los sueldos anuales eran los siguientes:

– Administrador	$ 14.160
– Mayordomo	$ 4.951,3
– Capataz	$ 3.357,5
– Bodeguero	$ 2.901,1

El de cocinera era el trabajo peor pagado del fundo.

Las cocineras de fundo fueron desapareciendo; ya no existe como ocupación hoy día. Es algo que las mujeres guardan en la memoria, de lo que fueron sus trabajos pasados y del trabajo que hacían sus madres.

El de cocinera no siempre era un trabajo pagado, era un trabajo que se consideraba como parte de la "obligación" que tenía que pagar la familia inquilina, era lo que llamamos parte de una relación renta-trabajo. Era, en la mayoría de los casos, un trabajo servil. Pero era también un trabajo que era pagado en parte, ya fuera en dinero o en regalías, entonces era un trabajo remunerado.

Este tipo de trabajo perdura hasta que desaparece la "ra-



ción de comida". Al terminarse la ración de comida, se termina también el trabajo de las mujeres como cocineras en los fundos. En 1953 y 1967, las nuevas leyes que se dictan sobre los salarios campesinos, hacen que desaparezcan las regalías en alimentos y en tierras para cultivar. En 1953 se permitía que los patrones les pagaran a los inquilinos un 50 por ciento con regalías productivas (cerco, ración, talaje), un 25 por ciento en regalías de consumo (pan, comida, leña, etc.), y un 25 por ciento en dinero (salario).

En 1963 la parte en dinero aumenta al 35 por ciento, las regalías de consumo bajan al 20 por ciento y las regalías productivas al 45 por ciento. En 1964 se exige que se les pague a los campesinos un 50 por ciento en dinero, un 20 por ciento en regalías de consumo y un 30 por ciento en regalías productivas.

Pero ya en 1967, durante el período de la Reforma Agraria se exige que el 100 por ciento de la remuneración sea pagada en dinero, razón por la cual comienzan a desaparecer de los fundos, las regalías[25].

25 Ramírez, Pablo: **Cambio en las formas de pago a la mano de obra agrícola.** ICIRA. Santiago, 1968.

Con ello las mujeres se fueron quedando sin sus trabajos, ya que con las modificaciones en la Legislación del Trabajo, las "*raciones de comida*" fueron desapareciendo del campo y con ello el trabajo de cocineras de las mujeres.

Así, las cocineras de fundo dejaron de existir y las mujeres continuaron realizando la comida sólo para la familia, *en forma gratuita, como algo que las mujeres deben hacer por el hecho de ser mujeres.*

Las ordeñadoras

Las ordeñadoras comenzaron a aumentar gradualmente en los fundos y haciendas hacia fines del siglo pasado: en 1854 se contabilizaron 373; en 1895, 440 y en 1920 sumaban 1.862 mujeres que trabajaban en la ordeña manual[26]. Esto comenzó a ocurrir por varias razones. En primer lugar, debido al crecimiento de las ciudades que necesitaban ser abastecidas de leche. Algunos de los fundos y haciendas más cercanos a Santiago –ciudad que crecía más rápidamente que los pueblos y ciudades más pequeñas– comenzaron a especializarse en la producción de leche, de la misma manera que otros fundos antes que aparecieran los automóviles y tranvías, se especializaron en la producción de alfalfa para alimentar a los

26 Salazar, Gabriel: **Labradores, peones y proletarios**, op. cit. p. 31.

caballos que tiraban los carruajes que servían como medio de transporte en las ciudades.

Así entonces, al tener un mercado seguro donde vender sus productos, los grandes agricultores comenzaron a orientar la producción de sus fundos hacia el mercado de la ciudad.

Por otra parte, como casi todos los dueños de fundo y haciendas tenían sus tierras con ganado y cultivadas de trigo en el siglo pasado, y con la crisis del treinta[27] de este siglo se les cierra definitivamente la posibilidad de exportar la producción triguera hacia otros países, aquellos fundos que pudieron hacerlo, reorientaron rápidamente su producción hacia rubros que pudieran venderse en el mercado interno, en especial en las ciudades más grandes como Santiago. En los años treinta la producción agropecuaria comienza a diversificarse hacia otros productos de consumo interno.

Entre ellos, la leche era uno de los productos que consumían los habitantes de la ciudad. Como antes no había siste-

27 Las exportaciones de trigo chileno caen ya a finales del siglo XIX cuando se incorporan vastos territorios de Argentina y California al mercado mundial del trigo.

mas para conservarla, generalmente quienes producían la leche eran los fundos que se encontraban cerca de las ciudades, donde la leche era vendida y consumida.

Los contratos de los inquilinos con los patrones de fundo, hasta alrededor de la década de los cincuenta, incluía el deber de que el inquilino colocara a una mujer de su familia para la ordeña. En otros contratos de trabajo, figuraba el deber para el inquilino de colocar uno o dos peones para que trabajaran en la hacienda: esto era lo que se llamaba pagar la *obligación*, como se dijo anteriormente[28]. A los inquilinos se les sancionaba despidiéndolos de los fundos si no pagaban la "*obligación*".

Tenemos un caso, registrado por Loverman en la correspondencia de los campesinos a los presidentes de la República donde una mujer, María Gajardo, reclama por el pago de un peón obligado y una lechera. Era el fundo Los Maitenes, de propiedad de José Errázuriz Lastarria.

La carta dirigida por María Gajardo al entonces presidente

28 Bengoa, José: **La hacienda latinoamericana**. Ediciones CIESE. Ecuador (Quito), 1977.

de la República, Gabriel González Videla, está fechada el día 31 de diciembre de 1946.

Basándonos en la memoria de las mujeres, podemos aproximarnos a conocer cuál era la posición de las lecheras u ordeñadoras en la división del trabajo de las haciendas, sus condiciones de trabajo y así también conocer cuáles eran las actividades de las mujeres en el ámbito doméstico.

A través del relato de Leontina Leyton, respecto al trabajo de su madre en el fundo Aguila Sur[29] podemos ver cuáles eran las condiciones de trabajo de las ordeñadoras de fundo entre 1924 y 1942, sus forma de pago, la situación laboral de la familia en la hacienda y sus condiciones de vida.

> "Era mucha gente la que vivía en ese fundo. Había un establo y eran unas corridas muy largas donde cada señora sacaba su corrida de vacas.
>
> Era una cosa tremenda esa que trabajan las mujeres. Ahí les daban leche y hacían quesos.

29 Esta hacienda quedaba al sur de Santiago, cerca de Hospital.

Maitenes 31 de Diciembre de 1946

Señor Don

Gabriel Gonzalez Videlaz

Mui mui querido Señor nuestros deseos
al recibo de esta carta se encuentre muy
bien Usted y su querida Señora
su encelencia disculpe y perdone que se
tenga el mallor atrebimiento de elijirle
esta carta su encelencia es para esplicarle
lo siguente Señor Padre de nuestra pa
tria y padre de los pobre yo soi una
pobre viuda mi patron no meda ninguna facilida para aumentar nuda
y tambien lla asen 10 años que sirbo en
el fundo y tambien tenia un hijo que
travajaba para mantenerme ami y atoda
mi familia y agora esta en fierro y todavia
invalido sin poder travajar para darme
el sosten ami y ami demas familia y
asen 2 años quenno puede travajar tambien
mi patron nome perdona ninguna obliga
cion agora que mi hijo no puede travajar
le tengo que poner un travajador al fundo
por la obligacion y le tengo que pagar
tres mil pesos por el año de travajo
y tambien me pide una lechera y
a la lechera le tengo que pagar 300
pesos por el tiempo

tanbien le dijo su enselencia ne los 2 años
que mi hijo que esta en fermo no le alludado
do en nuda ni con un beite y todavia estuvo
10 meses en hospital de San Vicente y no
tubo mejoria poreso le mando rroguar
Vste que aga algo por mi y por mi pobre
hijo y tanbien Señor para mi es muy
dificil de benir anblar con Vste porque
yo vivo muy lejo y soi muy sola o
sino avia venido anblar con Vste
para esplicarle todo lo que siento con
mi pabion y tanbien le ruego por fa-
vor quenme conteste esta cartita mal
escrita
la Diricion es Correo. Retiro Fundo
los Maitenez Maria del Gajardo
sin mas que desirle y
pase un felis año nuebo Vste y
su Señora adios Señor querido de
la patria

Maria del Gajardo

Les pagaban, pero era muy poco el sueldo. Sí, le daban tierra, de eso me acuerdo bien: le daban media cuadra de tierra a la mamá, porque ella era la que pagaba la obligación, no mi taitita. Mi taitita era voluntario y trabajaba la ración. Mi amita era la dueña de casa y la que pagaba la obligación. Por eso ella tenía que ir siempre a sacar leche. Tenían que ir a las piaras que le llamaban y les daban unos suecos, porque ahí era puro barro no más.

Al lado había un corral donde se encerraban los terneros. Ahí tenía que ir cada mujer a buscar los que le correspondían a sus vacas y llevarlos.

Las mujeres se enterraban hasta las rodillas en el barro, sacaban la leche dos veces: a las tres de la mañana y a las tres de la tarde. Lloviera o no lloviera, nevara o no nevara, igual tenían que hacerlo.

Así, siempre tenía que ir a sacar leche y cuando nos iba a tener a nosotros los hijos le daban una semana los patrones y ahí tenían que partir

> otra vez al trabajo; y nosotros fuimos doce.
>
> Contaba mi mamá que estuvo como quince años en Aguila Sur –desde 1924 hasta 1939– ella sacando leche, mi papá voluntario y trabajando la ración.Había muchas mujeres obligadas, como dos mujeres por casa (...)".

En este caso, es a través del trabajo de la mujer que la familia accede a tierras[30]. Es el cultivo de la ración lo que permite

30 Cabe hacer notar que el que las mujeres accedan a la tierra se repite a menudo y lo hacen siendo ordeñadoras. En estudios realizados en fundos aparecen las ordeñadoras o lecheras con remuneración mixta: dinero y ración de tierra. En el fundo Santa Eugenia, en 1938, y en el fundo El Carmen de San Antonio, en 1940, a las ordeñadoras se les daba ración de tierras. En Santa Eugenia a las lecheras "se les pagaba al mes 0.015 pesos por litro de leche que hayan sacado. Una galleta y un litro de leche al día y un cuarto de tierra como ración". En el otro fundo, en 1940, las lecheras "ganan 0.17 pesos por cada diez litros de leche ordeñada, tienen su casa, un cuarto de ración de tierra y una galleta diaria". Ayala, Ricardo: **Monografía económico cultural del fundo Santa Eugenia** (O'Higgins),1938; y Kaufman, David: **Monografía cultural del fundo El Carmen de San Antonio** (Colchagua), 1940. Ambas Tesis de Prueba para optar al título de Ingeniero Agrónomo de la Universidad de Chile.

a los padres de Leontina generar una pequeña producción para el autoconsumo y la familia se reproduce con los ingresos que percibe la mujer ordeñadora, los ingresos del marido voluntario, los productos entregados como regalía (leche) y la pequeña producción para el autoconsumo que se obtiene del cultivo de la ración.

La división del trabajo en la familia en lo que atañe al trabajo remunerado en la hacienda, sitúa al hombre en la agricultura y a la mujer en la ordeña. En tanto al interior de la familia, el marido que es voluntario en la hacienda, cultiva la ración con la ayuda de sus hijos e hijas y ocasionalmente de la mujer ordeñadora.

Ella se encarga de transmitir a sus hijas mujeres, un cuerpo de conocimientos ligado a las tareas reproductivas que se realizan en el ámbito doméstico. Así lo expresa Leontina:

> "Las hermanas mayores,aprendieron dos a tejer. Mi amita nos hacía siempre ella la ropa, tenía una máquina a mano y con eso cosía, una máquina que le había regalado el abuelito. En invierno, cuando llovía o no era tiempo todavía de ir al campo, las que sabían tejer, tejían o cos-

> tureaban, parchando. Eso se usaba mucho antes: el parche".

En tanto la socialización de los hijos hombres seguía otro curso, al preparar a los niños para las actividades públicas y a las mujeres para las actividades privadas:

> "La mamá no mandaba a los hombres a hacer las camas, ahí si que no: para eso estaban las mujeres para hacer las cosas de la casa. El hombre se iba para la chacra, no me acuerdo yo de un hermano haciendo su cama ¡no!".

Pero, esa división sexual del trabajo en la familia que se observa desde la más temprana socialización de los hijos de la ordeñadora, no impide que las hijas mujeres pequeñas ayuden al padre en las tareas agrícolas de la ración. Donde si se observa una clara delimitación que se yergue como fronteras, es en la ausencia de trabajo doméstico en los niños hombres que está ausente desde su más temprana infancia.

Tal situación se va a reproducir en el itinerario laboral de cada mujer adulta que, responsabilizándose de las tareas

domésticas, colaboran en tareas agrícolas y salen a trabajar por un salario, según sea la situación de la familia. En el trabajo doméstico no hay rupturas para la mujer, espacio donde el segmento masculino de la sociedad está ausente. Pero en lo que concierne al trabajo remunerado de la madre ordeñadora, sus años prosiguen en una doble jornada de trabajo: en la casa y en los establos de otra hacienda.

Ante las malas condiciones de trabajo y el bajo salario, en 1942 la madre de Leontina decide buscar mejores condiciones, llevando tras de si, lo que sabe hacer, es decir, ordeñar las vacas:

> "(...) ya después nos vinimos a San Miguel de Paine. Eso fue así: mi amita avisó –como era ella la obligada– que no va a trabajar más. Le dieron permiso por unos días para que ella saliera a buscar trabajo y de ahí halló en San Miguel: fundo por fundo buscó y así hacía la gente porque los echaban. Moyordomos, esos había y a veces eran malos: hallaban que la gente era floja, que no entendían y por cualquier pretexto las echaban. El le decía al patrón y el patrón le creía al empleado y lo echaban no más, con todo ¡no tenía nada que ver con cosas!.

> En San Miguel, el trabajo de la mamá era igual no más, pero más sacrificado porque tenía vacas. Trabajaban como veinte mujeres. Se iban como a las dos de la mañana y eran buenas para tirarles las tetas de las vacas: métale ahí no más sacando. En esos años no había máquinas –no como ahora que hay puras máquinas y los establos están todos pavimentados y sin mujeres– y la gente se metía hasta la rodilla en el barro. El papá seguía mandando a regar, siempre se manejaba de voluntario, regando.
>
> Después venía a sembrar la tierra que le daban a mi mamá y él la arreglaba y sembraba con los que íbamos creciendo ya".

Desde 1928 hasta 1942 la madre de Leontina trabajando como ordeñadora en el fundo Aguila Sur, hasta el año 45, en el fundo San Miguel de Paine, siempre de ordeñadora; sólo deja su trabajo porque se van al fundo Viluco, donde no había establos sino viñas.

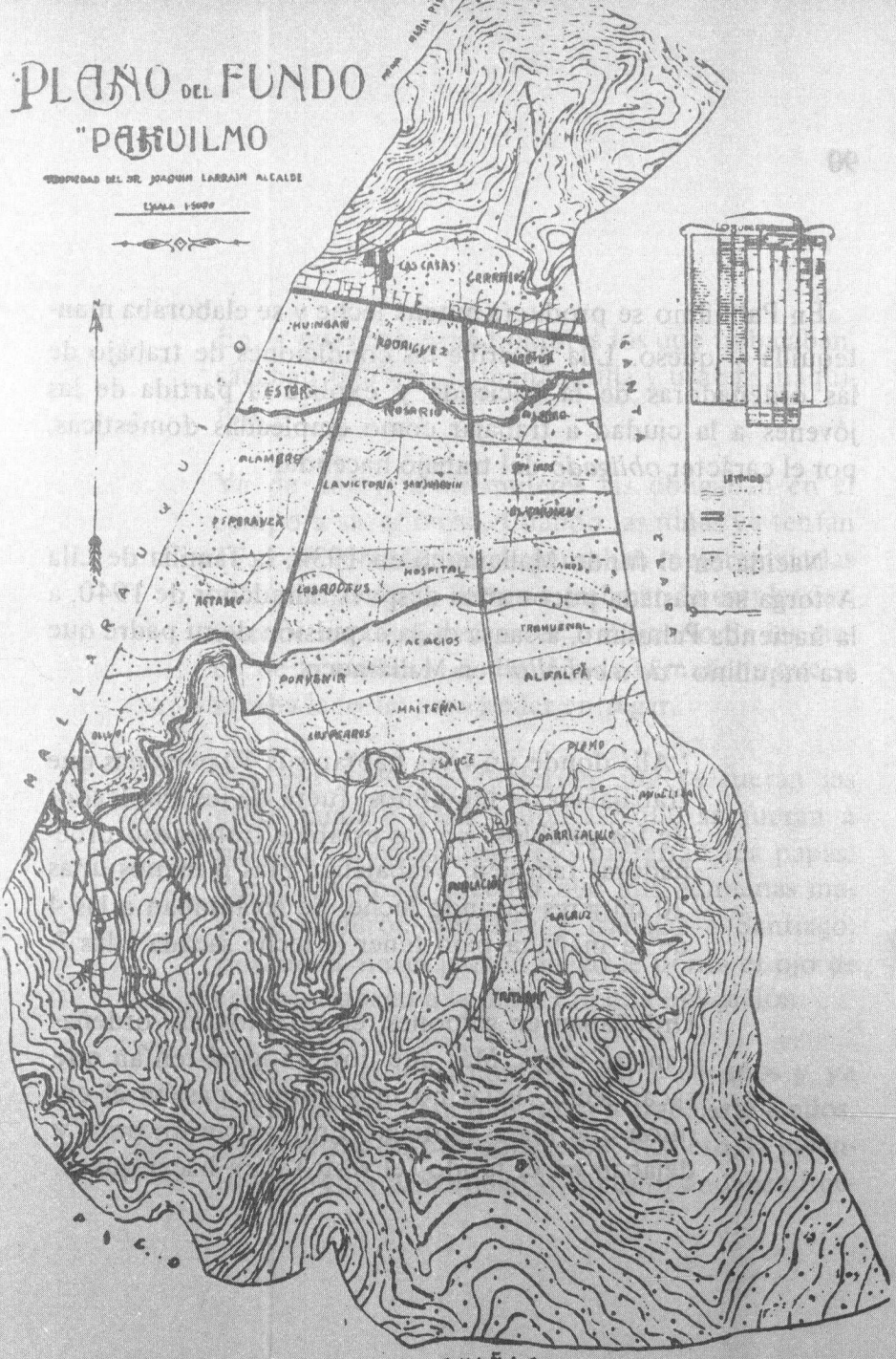
Pero estos 18 años en la ordeña no son todo el trabajo de una mujer: en Aguila Sur, la madre de Leontina lava ajeno y

hace pan, porque no alcanza con lo que gana en la ordeña. Ni aún con el salario de su marido voluntario, sin trabajo permanente. Pero hay más trabajo que hacer, día a día: cuidar el huerto, alimentar los pollos, lavar y cocinar para la familia; remendar la ropa y muchas veces hacerla, cuidar los niños y muchas veces curarlos y sanarlos, cuando estaban enfermos.

Y todos esos innumerables quehaceres de la casa que cada mujer repite día a día, estación tras estación, año tras año, se sumaban a la condición de ordeñadora desempeñada por las mujeres dos veces al día, al amanecer y por las tardes por un mísero salario.

Las mujeres ganaban menos que los hombres en los fundos. Pero es más, también trabajaban más horas. Porque no sólo bastaba con trabajar por un salario sino que también debían trabajar en sus casas,en este espacio que llamamos doméstico, haciendo todo lo necesario para que padres, maridos e hijos pudieran sobrevivir, alimentarse, vertirse, tener ropa limpia, etcétera.

Lila Astorga nos entrega otra referencia sobre el trabajo de las ordeñadoras en la hacienda Pahuilmo, situada cerca de Melipilla, en el Cajón del Mallarauco.


PLANO DEL FUNDO
"PARVILMO
PROPIEDAD DEL SR. JOAQUIN LARRAIN ALCALDE
ESCALA 1:5000
LAS CASAS
CARRILES
HUINGAN
RODRIGUEZ
ESTER
ROSARIO
ALAMOS
LA VICTORIA
SAN ROBIN
PIPERAYEN
HOSPITAL
ACTAMO
LOS ROCUS
ACACIOS
PORVENIR
ALFALFA
MAITENAL
LOS PERALES
CALICE
PLANO
CORRIALMO
POBLACION
CALICU
TRIANGULO
LETONDO
CAMINO

En Pahuilmo se producía mucha leche y se elaboraba mantequilla y queso. Lila describe las condiciones de trabajo de las ordeñadoras de la hacienda y explica la partida de las jóvenes a la ciudad a trabajar como empleadas domésticas, por el carácter *obligado* del trabajo hacendal.

Nacida en el fundo Mallarauco en 1934, la familia de Lila Astorga se traslada pocos años después, alrededor de 1940, a la hacienda Pahuilmo, a causa de la expulsión de su padre que era inquilino "*de a caballo*" en Mallarauco.

> "Allí donde yo vivía habían sus 40 personas que trabajaban de inquilinos, fuera de los empleados de los establos. En los establos trabajaban ordeñadoras también. Trabajaban más o menos unas 20 mujeres sacando leche. Se levantaban a las 4 de la mañana para tener la leche sacada a las 7.
>
> Ordeñaban en galpones, en establos, ahí ordeñaban las vacas. Más que lloviera igual tenían que sacar leche, igual no más porque pasaba el camión que iba a Santiago. Entregaban un poco y dejaban en el fundo (el resto) para hacer queso.

En la quesería, eran hombres los que trabajaban, sacaban también la mantequilla y usaban máquinas.

Ya de antes, a las mujeres las obligaban en el campo a sacar leche. Cuando las niñas ya tenían 17 o 18 años, los papás pensaban mejor enviarlas a la ciudad a que fueran a trabajar de empleadas, porque no las querían ver trabajando de las cinco de la mañana, de las dos de la mañana que se sacaba la leche para poder entregar.

Por eso entonces preferían que se fueran las niñas cuando eran señoritas, que se fueran a trabajar de empleadas, eso preferían los papás. Porque también sucedió que mis hermanas mayores tuvieron que irse a trabajar a Santiago, porque si no el patrón luego le ponía el ojo de echar a trabajar a la niña. Era una obligación.

Igual que el niño hombre, tenía 14 años y ya estaba bueno para que fuera a trabajarle a ellos, a los patrones, por obligación. Por eso, la juventud se venía a Santiago (...) como andaban libe-

> rándose de los patrones, la juventud se liberaba para que no fueran obligados ¡si les pagaban una miseria!".

Otra referencia al trabajo de la ordeña aparece en la historia de vida de una mujer que comienza a trabajar de ordeñadora. Esta vez el trabajo de la ordeña aparece ligado a la posibilidad de obtener casa para vivir.

Tiola nace en 1917, se casa y queda viuda con varios hijos, en 1944, de 27 años de edad comienza a trabajar de ordeñadora. Su madre había sido también ordeñadora, pero su trabajo era permanente, mientras el de su hija es más esporádico, inestable y alternado con otros trabajos en la agricultura en la recolección de cultivos anuales: maíz, hortalizas, legumbres, etc.

Tiola recorre los fundos El Rosario, Naltahua y Las Mercedes entre 1944 y 1954, trabajando en la ordeña. En todos los fundos su trabajo le permite tener acceso a la vivienda y, es esta la razón de la conservación del oficio de su madre.

> "Yo nací en 1917 en el fundo Panguilemu, por los alrededores de Talca. La señora de mi mami

era ordeñadora, ella sacaba leche en todos los fundos donde vivíamos. Estuvimos en el fundo El Rosario de Naltahua, ahí el finado de mi padre vino a cuidar ovejería y la finá de mi mami, de ordeñadora siempre. El y mi hermano cuidaban las ovejas, trabajaban también en quesos y mantequilla, y la finá de mi mami, sacaba leche.

Ella también le daba pensión a unos mineros en el fundo El Rosario, cerca de la Isla de Maipo. Después se fueron al fundo Las Mercedes y después al fundo El Castillo y de vuelta al fundo El Rosario, otra vez, y la finá, siempre sacando leche.

Cuando quedé viuda, en 1944, vivíamos en el fundo Mallarauco y de ahí, empecé a trabajar: el primer trabajo que hice fue deshijando maravilla, limpiando, cortando, recogiéndola y ensacándola.

En el fundo Santa Teresa, trabajé deshojando maíz, cuando todavía vivía en Mallarauco. Yo





> estuve trabajando en la lechería después que enviudé, en 1944, pero estuve reemplazando, no de planta. Nunca fui estable, me salía y volvía, para tener casa.
>
> Las mujeres tenían que trabajar de ordeñadora para poder tener casa porque había partes que no recibían a los hombres para la obligación".

Los testimonios permiten conocer cuáles eran las condiciones de trabajo de las ordeñadoras, la relación del trabajo femenino con el sistema de inquilinaje y las obligaciones y, en muchos casos, la relación que existía entre la jefatura de hogar de mujeres y su inserción en el trabajo hacendal.

Cuando el trabajo de la mujer era parte del pago de la obligación del inquilino, puede vérsele como trabajo complementario. Vale decir, que el estar mediatizada la relación laboral de la mujer por el jefe de hogar hombre, es un complemento más a los ingresos familiares.

Esto se da en un contexto donde la obligación de trabajo implica la residencia de las familias en la misma hacienda

hecho que hace que toda la población que vive en la hacienda se encuentre disponible para ejecutar ciertos trabajos.

Contrariamente, el trabajo de las ordeñadoras suele estar ligado a situaciones límite de las mujeres como por ejemplo, la viudez cuando la mujer trabaja para tener casa para ella y sus hijos.

A través de las formas de pago en los fundos y haciendas podemos avanzar respecto de las diferencias entre el trabajo masculino y femenino.

Para hacerlo, veremos algunos estudios acerca del manejo de fundos y haciendas en el período.

Había cuatro ordeñadoras en el fundo Santa Cecilia de Pirque[31], en 1930. Eran las únicas mujeres. El resto de la dotación de trabajadores estaba compuesto de la siguiente forma: un jardinero, un cuidador de aves y lechería, un inquilino y de seis a diez trabajadores temporales (afuerinos). Era un fundo pequeño.

Este fundo contaba con 115 hectáreas plantadas con pera-

31 Memoria sobre el fundo Santa Cecilia de Pirque, 1930.

les y duraznos, se cultivaban 5.100 sacos de papas que ocupaban 15 hectáreas; existían 74 vacas destinadas a la lechería; 600 gallinas ponedoras que dejaban una utilidad diaria de 37.50 pesos (300 huevos), se cultivaba maíz, trigo y el resto estaba destinado a forraje para los animales.

¿Cuál era la posición de las mujeres –las ordeñadoras– en los trabajos del fundo? ¿Sus salarios, en relación a los salarios pagados a los trabajadores hombres?.

Los trabajadores del fundo eran pagados de distinta forma, así por ejemplo, tenemos que en sueldos: i) el mayordomo ganaba al mes un total de 384.6 pesos, de los cuales, 180 pesos eran en dinero y el resto en regalías: 78 pesos por concepto de casa, 66.6 correspondiente a la ración de tierra (una cuadra), 36 pesos por talaje (3 animales a 12 pesos cada uno) y 24 pesos que equivalen a 1 kilo de pan diario; ii) el jardinero obtenía 241.66 pesos al mes, de los cuales, 150 eran en dinero y el resto en regalías (39 pesos por concepto de casa, 16.66 correspondiente a la ración de tierra (1/4 de cuadra), 24 pesos de pan (1kgr. diario) y 12 pesos por concepto de talaje (1 animal); iii) el criador de gallinas y lechería obtenía al mes 253.66 pesos, de los cuales 100 eran en dinero y los restantes 153.66 en regalías: 60 pesos por un porcentaje de

ventas mensual, 65 pesos por concepto de casa, 16.66 equivalente a la ración de tierra (1/4 de cuadra) y 12 pesos por el talaje de un animal.

Por concepto de salarios la distribución era de la siguiente manera: i) el inquilino recibía un total de 122.6 pesos al mes, de los cuales 60 pesos eran en dinero y el restante en regalías, vale decir, 19.5 por concepto de casa, 12 correspondiente al talaje de un animal, 16.66 pesos por la ración de tierra (1/4 de cuadra) y 24 pesos mensuales en pan (1kgr. diario); ii) los afuerinos obtenían 84 pesos mensuales: 60 pesos en dinero (2.50 diario) y 24 equivalentes a 1 kgr. de pan diario; iii) trabajador a trato (4 ordeñadoras) recibía cada una 0.15 pesos por cada diez litros de leche ordeñada.

Si una ordeñadora sacaba 50 litros diarios de leche , ganaba 0.75 pesos al día y en treinta días de trabajo ganaba 22.5 pesos. Si los rendimientos eran más altos, por ejemplo, 100 litros diarios, las mujeres lograban ganar al día 1.5 pesos vale decir, algo más de la mitad del salario del afuerino y un salario mensual de 45 pesos.

Los de las ordeñadoras eran los salarios más bajos pagados en el fundo Santa Cecilia de Pirque. Junto a esto, las mujeres


URMENETA
MINIMUM
150 STUMOS
HACIENDA
SAN JOSE
Colina
Telefono 10
Soc Perez Valdivieso

eran discriminadas en el trabajo, primero por el sistema de pago. Eran pagadas a trato –por decálitro de leche ordeñada– y esa forma de pago se realiza para explotar a la fuerza de trabajo aún más que con salarios bajos, al día o al mes, porque se paga por rendimiento.

La discriminación que vivían las ordeñadoras era evidente: los empleados ganaban en ese fundo 384.6 y 253.6 pesos entre lo que se pagaba en dinero y lo que se pagaba en regalías. Las mujeres nunca tenían estos cargos en los fundos.

Los inquilinos y afuerinos ganaban respectivamente 122.1 y 84.0 pesos al mes sumados a las regalías. Mientras las mujeres que se levantaban a las cuatro de la mañana a ordeñar 12 vacas al día, sólo lograban ganar, en el mejor de los casos, 45 pesos al mes. (El trabajo de las ordeñadoras tenía una fuerte estacionalidad pues en ciertas épocas del año, la producción de leche es menor). Si este era un fundo pequeño, las cosas no eran diferentes en las grandes haciendas.

Veamos ahora cómo eran pagadas las ordeñadoras en una gran hacienda de Melipilla. La hacienda de San Miguel[32]

32 Memoria de la hacienda San Miguel, 1939.

tenía 1.385 hectáreas y su producción estaba orientada a la lechería, chanchería y al cultivo de trigo y cebada. En 1939, gran parte de la producción de leche se destinaba a la producción de mantequilla en la misma hacienda. Había en ese momento 237 vacas de ordeña y trabajaban en los establos 16 ordeñadoras. Fuera de ellas vivían en la misma hacienda 48 inquilinos y sus respectivas familias, junto a los cuales trabajaban 54 voluntarios. Un total de 118 trabajadores, de los cuales 16 eran mujeres y 102 hombres.

Además de los trabajadores había empleados: el mayordomo primero, el mayordomo segundo, capataz, jefe de lechería, jefe de chanchería, mantequillero, llavero y dos vaqueros.

Las distintas categorías de empleados y obreros eran pagados de la siguiente forma: i) el mayordomo primero tenía un sueldo mensual de 200 pesos junto a las siguientes regalías: ración de tierra (1/4 cuadra), una ración de una cuadra de chacra (trigo o cebada) trabajada en medias y talaje para 4 animales; ii) el mayordomo segundo, por su parte, recibía 80 pesos al mes en dinero más casa, cerco, ración de tierra, una cuadra de chacra (trigo o cebada) en medias y talaje para 4 animales; iii) el capataz obtenía 80 pesos al mes más casa, cerco, ración de tierra, una cuadra de chacra (trigo o cebada)

en medias y talaje para 4 animales; iv) el jefe de lechería recibía 200 pesos al mes más casa, cerco, ración de tierra, una cuadra de chacra (trigo o cebada) en medias y talaje para 4 animales; v) el mantequillero obtenía 200 pesos en dinero, casa, cerco, ración de tierra, una cuadra de chacra (trigo o cebada) en medias y talaje para 4 animales; vi) el jefe de chanchería ganaba 200 pesos al mes, casa, cerco, ración de tierra, una cuadra de chacra (trigo o cebada) en medias y talaje para 4 animales; vii) el llavero recibía 70 pesos mensuales más casa, cerco, ración de tierra, una cuadra de chacra (trigo o cebada) en medias y talaje para 4 animales; viii) 2 vaqueros, cada uno recibía 80 pesos al mes, casa, cerco, ración de tierra, una cuadra de chacra (trigo o cebada) en medias y talaje para 4 animales.

Los obreros, por su parte recibían sus salarios de la siguiente forma: i) inquilinos (48) ganaban 2 pesos diarios junto al derecho a casa, cerco, 1/2 cuadra de chacra (0.84 hectáreas destinada al cultivo de trigo o cebada) en medias, 1 galleta al día, 1 ración de frejoles también al día, y la obligación de proporcionar a un 'obligado' que lo reemplazara; ii) voluntarios (54) éstos ganaban 3 pesos diarios cada uno más 1 ración de galleta y 1 ración de frejoles al día; iii) ordeñadoras (16), estas trabajadoras eran pagadas a 0.01 pesos por litro de leche

ordeñada, cada mujer recibía 1.42 pesos diarios más 2 galletas y 1 litro de leche. (Cabe hacer notar que se ordeñan 818.800 litros de leche al año, se paga 0.01 pesos el litro de leche ordeñada. En promedio, se ordeñarían 68.223,3 litros al mes, vale decir, que cada ordeñadora con un rendimiento igual, podría ordeñar 4.264,5 litros al mes y 142,1 litros al día).

Las ordeñadoras, como podemos constatar ganaban menos que los inquilinos y voluntarios. Su trabajo consiste en ordeñar cerca de 15 vacas, dos veces por día, al amanecer y por la tarde.

Siendo por lo general las esposas y las hijas de los inquilinos, reciben lo que podemos llamar un *salario complementario*, ya que los patrones cuentan con que las mujeres pertenecen a una familia donde los hombres reciben ingresos y entonces profitan de esta situación para pagar salarios más bajos a la fuerza de trabajo femenina.

Hacia los años 1960, las oportunidades de trabajo de las mujeres que vivían en los fundos, se habían reducido enormemente. Según un estudio realizado en la época, en la provincia de O'Higgins, sólo el 12 por ciento de las esposas de los inquilinos tenía oportunidad de trabajar fuera de la casa o de

hacer labores remuneradas en su domicilio.

En cuanto al trabajo fuera de la casa, el más importante seguía siendo la ordeña. En la ordeña la mujer recibía un salario reducido a costa de grandes sacrificios, ya que las mujeres no tenían descanso dominical y debían trabajar con un horario muy pesado[33].

Algunos datos nos dan a conocer cuánto ganaban en 1960, las ordeñadoras:

Cuadro No. 1

Distribución de las lecherías de los fundos según el salario que reciben las ordeñadoras

Salario ordeñadora	No. de lecherías	o/o lecherías
Menos de $ 10 por decálitro de leche ordeñada	5	12 o/o
De $ 11 a $ 20 por decálitro	12	29 o/o

33 Domínguez, Oscar: **Una oportunidad en la libertad**. Editorial del Pacífico. Santiago, 1961.

Más de $ 21 por decálitro	3	8 o/o
Salario al día	9	22 o/o
Se ordeña a máquina (no trabajan mujeres)	12	29 o/o
Total	41	100 o/o

Esto quiere decir que casi la mitad de las ordeñadoras (49 por ciento) eran pagadas "*a destajo*" o "*a trato*"; que una gran cantidad de mujeres (el 41 por ciento) recibía menos de 20 pesos por cada 10 litros de leche que sacaba; que sólo el 9.0 por ciento de las ordeñadoras tenían un salario "*al día*" y que en 12 lecherías de un total de 41, ya no trabajaba ninguna mujer, porque las habían sustituido por máquinas, las que eran manejadas por hombres.

En la misma época y en la misma provincia de O'Higgins, los 1.053 inquilinos encuestados ganaban entre 200 y 700 pesos, pero en su gran mayoría, entre 200 y 400 al mes sin contar con las regalías en tierra que recibían (sólo 61 inquilinos de los 1.053, no recibían ración de tierra).

En la misma provincia de O'Higgins, de donde provienen estas informaciones que nos revela la discriminación de que son objeto las mujeres en su trabajo de ordeña, nace en 1940, Margarita Piña. Ella desde 1954 hasta 1963, trabaja como ordeñadora para conservar la casa en el fundo.

> "Mi padre era inquilino. Cayó enfermo y el patrón le pedía la casa, que se fuera. Tenía que desocuparla y la única manera que no nos echaran era que nosotros las mujeres empezáramos a trabajar. De ahí nos vimos obligadas, mi hermana y yo a trabajar. Nos daban un cuarto de tierra, nos pagaban 1.50 pesos por litro de leche y la obligación eran 12 vacas cada una, mañana y tarde. Los hombres amarraban las vacas y sacaban los terneros, nosotros ordeñábamos en tambores grandes donde se iba midiendo, tarros lecheros que hacían 50 litros. El contador del fundo llevaba la cuenta y al final de mes nos pagaba.
>
> En ese tiempo, mi papá quedó de voluntario. El trabajaba la tierra que nos daban a nosotras, lo ayudábamos porque a veces tenía que trabajar para el fundo.

> A las cuatro de la mañana empezábamos, salíamos como a las ocho de la ordeña; en la tarde entrábamos a las cuatro y como a las seis estábamos de vuelta en la casa. Yo tenía 14 años cuando empecé a trabajar, mi hermana 16. Ordeñé como ocho o nueve años, hasta que me casé y me fuí del fundo Naranjal al fundo Bellavista, de donde era mi marido".

Pero alrededor de los años cincuenta ya las ordeñadoras comenzarán a ser expulsadas de su trabajo. En 1936, los censos agrícolas registran a 8.131 mujeres inquilinas en la región central del país. En 1955 habían disminuido a 1.316 y, en 1965 no quedaban más de 704 inquilinas[34]. En estos años, la disminución del número de inquilinas es paralela a la disminución del número de ordeñadoras.

Dos fenómenos explican que, una vez más, las mujeres sean expulsadas de sus trabajos. En primer lugar, hacia los años cincuenta, las vacas de ordeña comienzan a concentrarse

34 Garret, Patricia: op. cit.

al sur del país, porque allá se instalan grandes empresas lecheras, que han realizado innovaciones tecnológicas pudiendo conservar la leche –en polvo, condensada– para trasladarla a las grandes ciudades y, especialmente a Santiago, donde hay más consumo.

En segundo lugar, las lecherías de los fundos comienzan a importar maquinaria y las ordeñadoras mecánicas desplazan a las mujeres de su trabajo. Una vez que se introduce la ordeña mecánica, las mujeres no tienen trabajo y los hombres comenzarán a manejar las máquinas.

Las obreras y las temporeras

Antes de la Reforma Agraria (1964/1973) en algunos fundos y viñas había planteles de elaboración de la producción agrícola, especialmente de la fruta. Esta producción estaba, de manera preferente, orientada al mercado interno, pero también se exportaba en pequeñas cantidades.

Las mujeres trabajaban en algunos momentos del proceso de elaboración de la fruta; en embalaje y también a campo abierto en la cosecha, la recolección y la vendimia de uva.

Lo que caracterizó el trabajo asalariado de las mujeres fue su forma de pago. Casi siempre se les pagaba "*a trato*" o, a destajo.

En igual situación entonces se encontraban las obreras,

temporeras y ordeñadoras, respecto de las remuneraciones.

Como en el caso de las ordeñadoras esta forma de pago, el salario a trato, traducía una forma de remuneración desventajosa para las obreras y temporeras ya que ellas debían tener rendimientos muy altos para alcanzar a ganar un salario diario que les permitiera solventar sus gastos. El salario "*a trato*" traduce una de las formas de explotación del trabajo más draconianas, ya que si no se trabaja a ritmos que produzcan altos rendimientos, el salario es muy bajo. El salario a trato traduce una de las formas más extendidas de la discriminación femenina en el trabajo.

Por otra parte, lo que caracterizó en el pasado el trabajo asalariado femenino, fue su poca estabilidad laboral. Las mujeres que debían trabajar durante todo el año para vivir, debían complementar varios trabajos: en viñas, en fábricas, a campo abierto, en inviernos, veranos, otoño y primavera.

Es lo que podemos denominar como *rotación laboral anual*, situación que caracteriza el trabajo femenino en la agricultura no sólo en el pasado, sino también en la actualidad. Esta rotación laboral afecta más que nada a las mujeres jefas de hogar y a las mujeres de los estratos sociales más

Primera Fábrica de Conservas
DE
Frutas y Legumbres

Al Natural

Espárragos
Aceitunas
Apios
Arvejitas
Porotitos
Tomates
Alcachofas
Choclos

En Almíbar

Duraznos
Damascos
Frutillas
Guindas
Ciruelas
Brevas

Al Jugo

D. Zaragozas
D. Amarillos
D. Blancos
D. Pelados
Frutillas
Cerezas
Piñas
Damascos
Albaricoques
Peras
Manzanas
Membrillos
Ciruelas
Uvas



¡VENDE SUS PRODUCTOS GARANTIZADOS!

VENTAS UNICAMENTE AL POR MAYOR

Tiene la mayor producción.- EXISTE 30 AÑOS

pauperizados del campo, porque ellas deben percibir ingresos a lo largo de todo el año.

Las mujeres al ocuparse de determinadas tareas en el proceso de trabajo, sólo son contratadas para realizar trabajos temporales. Luego se las desemplea. Ellas no logran tener estabilidad y realizan un tipo de trabajo manual generalmente meticuloso, para lo cual ya han sido entrenadas en la casa. El tejido, el bordado, hacer la comida constituyen los primeros aprendizajes que las mujeres tienen desde niñas. Las habilidades adquiridas en este entrenamiento cuando niñas, influye enormemente en el tipo de trabajo que las mujeres realizan por un salario. Ocurre que en la producción social, este tipo de trabajo está desvalorizado. Esto se refleja en el tipo de salario, en la inestabilidad laboral y, en la posición de la mujer en la división social y técnica del trabajo: los puestos de vigilancia, de mayor autoridad eran ocupados por hombres en tanto los puestos de trabajo peor calificados eran ocupados por mujeres.

Si eso ocurría en el pasado, el ordenamiento de las cosas no ha cambiado enormemente en el presente: los trabajos de las mujeres continúan siendo temporales y en la mayoría de los casos pagados "*a trato*", por caja embalada, uva limpiada,

saco de porotos cosechado, etc.

Aunque han habido enormes transformaciones en la agricultura, cambios tecnológicos, introducción de nuevos cultivos y plantaciones, los puestos de trabajo para mujeres siguen estando caracterizados por la inestabilidad laboral y el salario "*a trato*" y muchas veces la falta de contrato y previsión social.

Veamos ahora qué tipo de trabajo realizaban las obreras y las temporeras, en el pasado en los fundos y las viñas en base a su propia evocación.

Elena es hija de una mujer viuda, obrera una parte del año, temporera en otra. Ella nació en 1930 y, entre 1943 y 1960 vive en el fundo San José de Paine, al sur de Santiago, junto a su madre y su abuela. Dejan de ser obreras por el abandono de los fundos donde han vivido y trabajado, en los años de la década del sesenta.

Ella deja su condición de obrera a los 30 años, seis años después de casarse. De ahí en adelante se dedicará a las labores del huerto y al cuidado de aves de corral y algunos anima-

les menores en los fundos Santa Ana y Los Quilos, donde su marido es contratado. En los años cuarenta, ella vive la siguiente situación:

> "En el fundo donde yo me crié había una fábrica de cambuchos para las botellas vineras. Tenía como 13 años cuando comencé a trabajar, mi mamá era viuda y muy exigente: me decía que tenía que trabajar, si no, no comíamos. Ella tejía en la fábrica a mano, yo luego comencé a tejer en máquinas.
>
> Iba mucha gente al fundo a juntar totora, había corta de toquillo para la fábrica y para ese trabajo,contrataban de afuera.Llegaban más hombres; venían de Santa Inés, un lugar donde había una fábrica de conservas y toda esa gente durante la temporada se quedaba ahí porque el fundo tenía cité donde habían 25 piezas y 25 cocinas. Una cortada que se llamaba, tenía una pieza y una cocina. Nosotros teníamos una para vivir.
>
> Era un sufrimiento los sábados y domingos —nosotras éramos mujeres solas— los afuerinos



tomaban, cantaban, bailaban, tocaban las puertas. Se quedaban sus tres, cuatro meses, hasta que terminaban y de ahí luego se terminaba el trabajo en la fábrica. Duraría sus seis meses y de ahí a los tratos.

Entraba al turno de la una de la tarde; llegaba a la casa a las once, doce de la noche. De chica yo le decía a mi mamá:

– Estoy cansada, no doy más.
– Tenemos que terminar, ya cuando lleguemos a la casa descansamos, si no, no comemos, me contestaba.

Pero en la casa no podía descansar porque llegaba a lavar y a dejar la ropa limpia. En la mañana le ayudaba a mi abuelita –ella hacía ciertas cosas no más porque estaba vieja– echaba a remojar la ropa, dejaba avanzado algo para la noche, cuando llegara.

Cuando no había trabajo en la fábrica, íbamos a los tratos; mi mamá agarraba tratos y yo también empecé de chica a trabajar en la cosecha de

> porotos, tomates (...) En el invierno hacíamos las limpias y así nos dábamos vuelta el año con los trabajos.
>
> Me casé a los 24 años; despues de casada seguí trabajando: no nos alcanzaba con el sueldo de mi marido. Iba al turno de la mañana. Hasta los últimos días trabajaba en la fábrica cuando estaba embarazada. Mi mamá y después mi comadre me ayudaban a criar los niños. Ellas vivían en otra cortada –mi abuelita ya había muerto– y les lavaba y los sábados también le lavaba al cajero del fundo para ganar algo más".

La situación descrita por Elena corresponde a la situación de otras tantas mujeres que, como jefas de hogar, deben trabajar todo el año, adecuando su necesidad de percibir ingresos en forma permanente,a la oferta de trabajo existente. Es así como Elena y su madre alternaban el trabajo entre los tratos a campo abierto y el trabajo en la fábrica del fundo San José de Paine, donde percibían salario mensual.

Cuando la mujer trabaja en viñas, en fundos donde hay planteles, donde ya existe un cierto proceso de elaboración

de los productos, está ausente la obligación. Se trata de trabajo eminentemente asalariado donde ya se han desdibujado las relaciones de trabajo precarias del sistema de inquilinaje.

Florisa nace en 1930,en un fundo de la comuna de Peumo, provincia de O'Higgins. Se casa después de 1960 con un obrero de la construcción –que fue chofer de camión en el mismo fundo– después de haber trabajado como empleada doméstica unos años luego de su migración a Santiago. Ya no retornará más al campo.

En el fundo La Rosa de Peumo, comenzó a trabajar a los diez años como obrera, en las bodegas y la fábrica donde se procesan los productos del fundo. A los 17 años se traslada al fundo La Esperanza, cercano a La Rosa para trabajar de cocinera, haciendo las comidas a los trabajadores. A los 20 años se va a la ciudad (1950).

Una multiplicidad de labores a lo largo del año caracterizarán la vida laboral de Florisa entre 1939 y 1946, desde cuando ella tiene nueve años hasta cuando cumple 16.

Evocando su pasado de obrera, Florisa describe su situa-

ción familiar y el trabajo que comienza a temprana edad, en el fundo La Rosa.

> "Nací en el fundo La Rosa, mi mamá murió más o menos joven, de 40 años, yo tenía nueve. Mi papá andaba siempre a caballo, otros inquilinos andaban a pie, porque tenían que regar. Eramos ocho hermanos: cinco mujeres y tres hombres. Cuando murió mi mamá, mi papá se trastornó, se entusiasmó con otras mujeres y se fue con la hermana más chica que tenía tres años: nos abandonó. Ahí nos dejó; la hermana mayor nos terminó de criar, pero nosotros, para ayudarla, teníamos que trabajar; ella se casó y su marido tomó el lugar de mi papá en el fundo. En la bodega empecé a trabajar a los diez años. Ponía unos cajones porque no alcanzaba arriba de las mesas: quedaba chica y éramos varias las que no alcanzábamos y a veces nos caíamos con cajones y todo, pero hacíamos el trabajo igual, nos pagaban lo mismo. Ahí la que sabe más le enseña a la nueva y así iba el trabajo. Como más de dos años yo estuve ahí.

En la bodega trabajaban hombres y mujeres, pero teníamos distintos trabajos.

Las mujeres trabajábamos en unos mesones. Una partida era de 100 botellas, entonces, cuando las botellas ya estaban llenas, nosotras teníamos que taparlas, etiquetarlas. Después se le pone el gorro --el precio arriba en esos años– y se envolvían: todo ese trabajo lo hacían las mujeres, nosotras.

Puras mujeres jóvenes; las de más edad iban aparte, les daban trabajos como ser amarrar cambuchos, como pajita donde va la botella metida adentro. A las mujeres de edad las manejaban ahí sentadas para que fueran amarrando y muchos trabajos más que hacían las personas de edad. Se ganaba según las jabas que hacía: 20 jabas más o menos. Una jaba eran 50 botellas, una partida eran dos jabas.

Había que trabajar harto la botella para ganar. Nosotras hacíamos 500, 600 al día. Cuando queríamos flojear hacíamos menos, cuando

queríamos ganar plata, más y todos los sábados teníamos que ir a pagarnos.

En la bodega, si usted tiene un grupo de mujeres, usted es la jefa, en la fábrica es distinto: mandan los hombres y ahí pagan "*al día*". En el fundo en toda época había trabajo porque venía el poroto, la cuestión de la aceituna, el ají, el tomate; se trabajaba el durazno. Todo eso se trabajaba en la fábrica. Yo me metí en todo hasta los 17 años.

Hice la cuestión del durazno en conserva. Con puro vapor se cosía el durazno; en unos fondos le metíamos agua abajo y con vapor se hervía el durazno en los mismos frascos.

El frasco se rellenaba con durazno, con trozos, bien relleno por todos lados; después otra le va echando el almíbar, se va tapando y poniendo en agua caliente. Los fondos se hervían en las calderas que tenían. Los pelábamos con soda cáustica; lo pasábamos por una máquina y lo pelábamos. Después se pasa por aguas y aguas, ente-

> ro, luego se va partiendo con cucharetas para sacar el cuesco. Después se va a las mesas a seleccionar el durazno: el que está picado se echa para mermelada, el que está sanito se echa para envasarlo.
>
> Grandes, altos, de cobre eran los fondos: ciento y tantos frascos en cada uno. Se dejaba ahí mismo. En todo eso trabajábamos como ciento y tantas mujeres. Si faltaban en un grupo, nos mandaban a otro. Como los de SOFRUCO eran los mismos dueños, cuando no daban abasto mandaban la fruta a La Rosa, entonces había más trabajo".

Cabe hacer notar que Florisa hace varias distinciones respecto de la edad de las mujeres contratadas y el tipo de trabajo que realizaban las mujeres jóvenes y las de mayor edad. En tanto las jóvenes trabajaban en la bodega de viñas y en el plantel de la fábrica de conservas, las mujeres mayores trabajaban en labores más descalificadas y peor pagadas como la marra de cambuchos.

También distingue del trabajo en la bodega y la fábrica,

respecto de la presencia de hombres en las labores de mando en la fábrica y los distintos tipos de trabajos realizados por los hombres y las mujeres, en la bodega.

En los inviernos, los trabajos son otros y se observa en el relato de Florisa como los peores trabajos son tomados por las mujeres más viejas o las mujeres solas, las que se encontraban en peor situación económica.

> "En el invierno trabajábamos limpiando porotos. Había unos galpones inmensos donde se guardaban los porotos, hacía mucho frío, trabajábamos puras mujeres, veinte, veinticinco...
>
> Si se limpiaba un saco, nos pagaban 25 pesos. A veces se limpiaba medio saco, un saco. Veinticinco pesos era mucha plata, si yo me acuerdo que el kilo de pan estaba a 10 centavos. También se iba a las cosechas, recolección de porotos, tomates, frutas, pero a nosotras nos llevaban a eso cuando faltaban mujeres. Nosotras no éramos para eso, había señoras de edad que hacían esos trabajos, las tomadoras de fruta, mujeres solas, viudas, de más edad.

> Nosotras estábamos no más en el trabajo que nos pertenecía: en las bodegas, los galpones y la fábrica: obreras".

Si en 1956 y 1960 las dos mujeres han dejado de trabajar como obreras o en las cosechas ha sido porque han abandonado los fundos: en un primer caso, el marido de Elena es expulsado por los patrones; en un segundo caso, Florisa junto a la familia de su hermana y el marido, se van al fundo La Esperanza –cercano a La Rosa– a causa de la disminución de las regalías en tierras otorgadas como parte de la remuneración a su cuñado inquilino.

La Sociedad La Rosa-SOFRUCO, dos fundos orientados tempranamente a la fruticultura en la comuna de Peumo –provincia de O'Higgins– junto a generar un proletariado agrícola numeroso en la comuna, tienden, antes de la mitad del presente siglo, a disminuir las regalías en tierras como forma de pago. De esta manera, un desarrollo capitalista temprano en el contexto de la agricultura chilena, provoca la proletarización de los inquilinos y como corolario de este proceso, una proletarización femenina.

Fruticultura y viticultura entonces –con el conjunto de

procesos de elaboración y acondicionamiento de estos productos–, están enmarcando la proletarización de las mujeres.

En el fundo La Rosa, como en otros fundos, había una división por sexo del trabajo: los hombres –inquilinos– se dedicaban a los cultivos y plantaciones, su cuidado, las labores del campo, el riego, el procesamiento de la uva, las vendimias, etc., en tanto las mujeres realizaban alguna de las labores de la fábrica y la bodega donde se hacían conservas de fruta y se embotellaba el vino, y eran contratadas para la limpia de legumbres y cosecha de hortalizas y legumbres.

Los puestos mejor remunerados y de mayor autoridad eran ocupados por hombres, así también los puestos de trabajo con mayor estabilidad laboral y mejor pagados.

Las mujeres no tenían cargos con autoridad dentro de la división del trabajo, ni puestos de vigilancia, ni puestos estables, ni tampoco realizaban los trabajos mejor remunerados. Tan sólo en las bodegas había capataces o jefes mujeres cuando se trataba de tapar o etiquetar botellas.

Esta era la situación generalizada para las mujeres que



trabajaban en fundos y haciendas: una fuerte discriminación en el mundo del trabajo asalariado, y una segregación sexual del trabajo que se traducía en que hubiera trabajos de hombres y trabajos de mujeres.

Todos estos relatos dan cuenta de la temprana edad en que comienzan a trabajar las mujeres en las fábricas y viñas. Así, Leontina Leyton, hija de la ordeñadora del fundo Aguila Sur, trabajaba en las viñas para el amarre de vides y la vendimia.

Desde niña, las mujeres ayudaban a los hermanos en el trabajo agrícola. De este modo, los hombres voluntarios en los fundos –hijos de inquilinos– lograban aumentar su salario gracias al trabajo de sus hermanas mujeres. En efecto, el trabajo se sacaba más rápido cuando lo hacía más que el obrero que establecía el trato con el patrón.

A comienzos de la década del cincuenta, Leontina nacida en 1939, en la hacienda Aguila Sur,trabajaba en las vendimias y lo hace ayudando a su hermano en la hacienda Viluco[35].

35 Valdés, Ximena y otras: **Historias testimoniales de mujeres del campo**. Academia de Humanismo Cristiano/PEMCI-CEM. Santiago, 1983.

"Ese es un fundo grande, hay viñas. No es chico y había más o menos 20 casas, lo que más producía era viña. Tenía ahí mismo las soleras y ahí en el fundo hacían vino. Nosotros vivíamos en la última casa para adentro del fundo, al lado de la viña. Ahí ya los fuimos a trabajar en la amarra, desbrotar o cortar uva. Hasta abrir melgas: ese es un trabajo pesado que tiene la viña. Le pasa un arado y queda la melga, entonces, pasa por ahí el arado y ahí va quedando una cachá de tierra: tiene que ir sacando toda esa tierra dejando una sequiecita. Eso es pesado porque hay que hacerlo con una pala o azadón. Eso hacíamos nosotras.

Yo tenía trece años. Eso se pagaba por melgas. Nosotras ayudábamos al Luis –mi hermano– para que ganara más. Ahí siempre nos mantuvieron trabajando para la corta de uvas. Unos pocos a cortar y unos acarreaban: llenaban cajones y eso se los ponían en la cabeza, dos o tres cajones en la cabeza. ¡Todo el día agachá, meta cortar y gameliar!".

Este trabajo familiar gratuito de las hermanas mujeres se sustentaba en el papel que tenía el hermano mayor hombre en la familia. Tenía mayor autoridad que las mujeres y que los más chicos y, de este modo, desde pequeñas las mujeres comenzaban a subordinarse a la autoridad masculina del padre o de los hermanos hombres. Así, Leontina fue testigo de esta situación no sólo como trabajadora en las viñas sino también en el hogar.

> "Los hermanos mandaban a las hermanas, los más grandes. Mi hermano mayor, quería que lo tratáramos como hermano mayor. No le gustaba que le dijeran "vos" si no "usted" y como era el hermano mayor teníamos que hacerle juicio. Los otros no; pero él así quería como mandar.
>
> El papá y la mamá no decían nada, porque siempre decían que había que respetarlo. Cuando no estaba mi taitita, él quedaba como dueño de casa, y ahí había que decirle "usted" porque se creía papá".

Conclusiones

El desplazamiento de la subordinación que las mujeres vivían –y viven– en la familia, hacia el lugar de trabajo, es una de las características de la posición de las mujeres en la esfera de trabajo. Ellas ocupaban puestos de trabajo para realizar determinadas tareas, a menudo las tareas que se asemejan a lo que las mujeres han aprendido a hacer en la casa. Es por estas razones que el trabajo remunerado de las mujeres se encuentra segregado por sexo: *existen trabajos de hombres y trabajos de mujeres.*

Décadas atrás, para la mujer que vivía en los fundos y haciendas de la región central del país, los puestos de trabajo eran en la cocina, en los establos, bodegas y galpones. Estos

puestos de trabajo eran los más estables dentro de la inestabilidad que tiene el trabajo en bodegas y planteles de elaboración de alimentos y conservas, marcadamente estacionales.

Por el contrario, el trabajo de las cocineras y ordeñadoras tenía más estabilidad a lo largo del año. En oposición a ello, se situaba el trabajo a campo abierto, para la cosecha y recolección de frutas y hortalizas.

Por el hecho de acceder sólo a cierto tipo de trabajos, la mujer se encontraba segregada en términos sexuales. Dicha segregación en el mundo del trabajo remunerado, se traducía en otros efectos para las mujeres.

No significaba solamente que cocinara, ordeñara, pelara y cosechara frutas, tapara botellas, las etiquetara; sino que por hacerlo ganaba menos que los hombres.

Según datos de un estudio[36] la discriminación salarial de las mujeres operaban a nivel del país y en el sector agrícola a

36 Concha, Carlos: **Nivel de vida del campesino chileno**. Escuela de Agronomía de la Universidad de Chile. Santiago, 1948.

través de las siguientes diferencias, expresadas para tres años en términos de salarios medios semanales,en pesos corrientes:

Cuadro No. 2

Año	País		Rel H/M	Agricultura		Rel H/M
	Hom.	Muj.		Hom.	Muj.	
1943	127	61	2.08	53	31	1.70
1944	152	81	1.87	67	43	1.55
1945	176	95	1.85	76	44	1.72

Vistos en 1945 los salarios diarios para hombres, mujeres y niños en 9.742 casos (fundos) en la región central, los salarios de las mujeres eran sustantivamente inferiores a los salarios masculinos y casi se igualaban a los salarios de los niños.

Cuadro No. 3

Zona	Hombres	Mujeres	Niños	Rel H/M
II	16.58	10.81	10.03	1.53
III	20.72	12.35	10.56	1.67
IV	12.68	6.47	6.90	1.95
V	12.21	7.42	7.42	1.64

Hacerse preguntas respecto del pasado laboral de la mujer del campo puede parecer inútil hoy día. Pero no lo es desde nuestro punto de vista por una razón simple: las mujeres trabajadoras continúan siendo discriminadas en el mundo del trabajo remunerado y sus condiciones de trabajo no han mejorado sustantivamente respecto del pasado. Esta discriminación laboral de que son objeto las mujeres es más relevante en razón del peso que hoy día tiene la fuerza de trabajo femenina en la agricultura de exportación. De ella depende un buen porcentaje del comercio exterior de Chile.

Hemos hablado de la feminización del mercado de trabajo agrícola[37] como fenómeno actual, en razón de la creciente incorporación de las mujeres a labores agrícolas determinadas. Se trata del trabajo de mujeres en empacadoras de fruta, en los huertos frutícolas y, en especial, en las múltiples tareas de la uva. En términos de su número, los sindicatos hablan de 70 mil a 100 mil mujeres que trabajan como temporeras en la agricultura. La proporción de mujeres respecto de los hombres, se acota observando qué ocurre a nivel de un conjunto

37 Valdés, Ximena y otras: **Sinopsis de una realidad ocultada.** Ediciones CEM. Santiago, 1987.

de empresas frutícolas, localizadas en una comuna de una zona especializada en fruticultura. En términos relativos, las mujeres representaban en 1986 el 43.3 por ciento de los trabajadores que trabajaban en empacadoras, y el 28.3 por ciento de los trabajadores que trabajaban en huertos. Todos estos trabajadores eran contratados por temporadas, pero los hombres eran contratados por tiempos más largos que las mujeres. En tanto para la dotación de trabajadores estables de dichas empresas, sólo el 6.1 por ciento correspondía a mujeres.

Aún cuando nos encontremos frente a un proceso de feminización del mercado de trabajo agrícola, respecto de la participación de las mujeres en dicho mercado en el pasado reciente, las mujeres se hallan discriminadas porque son quienes tienen una menor permanencia a lo largo del año en ese mercado, porque normalmente se les paga a destajo, siendo las condiciones de trabajo tan o más duras que en el pasado.

Que una ordeñadora trabajara con horarios que la hacían levantarse a las tres de la mañana, que tuviera que ordeñar las vacas en invierno y verano "*con barro hasta las rodillas*", no es más duro que hoy día cuando las condiciones de trabajo de

las temporeras traen más riesgos para la vida de las trabajadoras a causa del contacto que ellas tienen con venenos –plaguicidas, pesticidas– que provocan desmayos, abortos y altos riesgos de cáncer.

Dichas condiciones de trabajo atentan en contra de la salud y de la vida de las mujeres en el Chile actual.

Entregar algunos elementos para conocer la posición de las mujeres en el mundo laboral de las haciendas, se ha hecho con el objeto de vivificar la memoria, en función de los problemas presentes de las trabajadoras.

Muchas veces temas antiguos adquieren hoy actualidad. Por ejemplo, cuando en los discursos acerca de las demandas de la clase trabajadora, nos encontramos con reivindicaciones de este tipo: "*a igual trabajo, igual salario*" o "*salarios iguales para hombres y mujeres*".

No tiene sentido reivindicar a nivel del discurso una igualdad salarial, cuando las mujeres y los hombres normalmente no realizan los mismos trabajos. La inserción de las mujeres en el mercado de trabajo está signada por su condición de género, porque la pertenencia al sexo femenino trae consigo

una valoración cultural fundada en la división sexual del trabajo en la familia que es transportada, desplazada a la esfera de la producción social.

Es así como en la hacienda las mujeres trabajaban en la cocina, en los establos, en bodegas y planteles de conservas, en trabajos específicos. Ese era el tipo de segregación sexual el trabajo en el pasado, en tanto hoy día lo hacen a campo abierto, en huertos y empacadoras de fruta, también en tareas específicas "*de mujeres*".

El entrenamiento y el disciplinamiento que las mujeres aprenden desde pequeñas, en el espacio familiar, beneficia también a la empresa en tanto las mujeres fueron hechas hábiles para determinadas tareas y fueron disciplinadas en el respecto al padre o al hermano en la casa.

De este modo, no es difícil imaginar cómo el principio de autoridad hacia el segmento masculino de la sociedad y la división sexual del trabajo en la familia son trasladados desde la estructura patriarcal de la familia a la estructura patriarcal del trabajo fuera de la casa. Así, las mujeres viven en un mundo de patriarcas y patrones, realizando las tareas aprendidas desde pequeñas, ya sea en la casa o en la producción social.

BIBLIOGRAFIA

Acuña, Lila: **Hombres y mujeres en Putaendo: sus discursos y su visión de la historia**. Biblioteca de la Mujer, Centro de Estudios de la Mujer. Santiago, 1986.

Ayala, Ricardo: **Monografía económico cultural del fundo Santa Eugenia**. Tésis de Prueba para optar al título de Ingeniero Agrónomo. Universidad de Chile, 1938.

Balmaceda, José Manuel: "Manual del hacendado chileno", en **Antología chilena de la tierra**.ICIRA. Santiago, 1970.

Bengoa, José: **La hacienda latinoamericana**. Ediciones CIESE. Ecuador (Quito), 1977.

Bengoa, José: **Trayectoria del campesinado chileno**. GIA, Academia de Humanismo Cristiano. Documento de Trabajo Nº 8. Santiago, 1982.

Concha, Carlos: **Nivel de vida del campesino chileno**. Escuela de Agronomía, Universidad de Chile. Santiago, 1946.

Domínguez, Oscar: **Una oportunidad en la libertad**. Editorial del Pacífico. Santiago, 1961.

Garret, Patricia: **Some structural contraints on the agricultural activities of women: the chilean hacienda**. Land Tenure Center, Nº 76. Madison, 1976.

Góngora, Mario: **El orígen de los inquilinos en Chile Central**. Editorial Universitaria. Santiago, 1960.

González, Faustino: **Monografía y tasación de la hacienda San Manuel**. Memoria para optar al título de Ingeniero Agrónomo, Universidad de Chile. Santiago, 1939.

Ibáñez, Carlos: **Monografía cultural de la chacra Santa Cecilia de Pirque**. Tesis de Prueba para optar al Título de Ingeniero Agrónomo, Universidad de Chile. Santiago, 1932.

Kaufman, David: **Monografía económico cultural del fundo El Carmen de San Antonio**. Tesis de Prueba para optar al título de Ingeniero Agronomo, Universidad de Chile. Santiago, 1940.

Loveman, Brian: **El campesino chileno le escribe a Su Excelencia**. ICIRA. Santiago, 1971.

Mack, Macarena y otras: **Los trabajos de las mujeres entre el campo y la ciudad**. Biblioteca de la Mujer, Centro de Estudios de la Mujer. Santiago, 1986.

Mc Bride, Jorge: **Chile, su tierra y su gente**. ICIRA, edición en español 1970. Santiago 1936.

Middlenton, Carlos: **Monografía económico cultural del fundo San Miguel de Molina**. Tesis de Prueba para optar al Título de Ingeniero Agrónomo, Universidad de Chile. Santiago, 1937.

Pinochet, Tancredo: "Inquilinos en la hacienda de Su Excelencia". En **Antología chilena de la tierra**. ICIRA, 1970. Santiago, 1916.

Ramírez, Pablo: **Cambio en las formas de pago a la mano de obra agrícola**. ICIRA. Santiago, 1968.

Salazar, Gabriel: **Labradores, peones y proletarios**. Ediciones SUR. Santiago, 1985.

Shejman, Alejandro: **Los inquilinos de Chile Central**. ICIRA. Santiago, 1970.

Valdés, Ximena: "Los procesos de incorporación y exclusión de las mujeres del mercado de trabajo". En **Sinopsis de una realidad ocultada**. Programa Mujer Campesina y Asalariada Agrícola, Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, 1987.

Valdés, Ximena y Matta, Paulina: **Oficios y trabajos de las mujeres de Pomaire**. Edición Pehuén/CEM. Santiago, 1986.

Valdés, Ximena y otras: **Historias testimoniales de mujeres de campo**. Ediciones Academia de Humanismo Cristiano/ PEMCI-CEM. Santiago, 1983.

Las fotografías que contiene esta publicación fueron tomadas de las siguientes publicaciones: **Chile agrícola**. Tomo Primero. Imprenta, litografía "Moderna". Santiago de Chile, 1922; **Panorama de Chile** (Litografías), sin referencia bibliográfica; y, **Chile y sus riquezas**. Tomo Primero. Empresa Editora "Atenas". Santiago de Chile.

PUBLICACIONES

Valdés S., X; Montecino, S.; De León, K. y Mack, M.: *Historias testimoniales de mujeres del campo*. PEMCI/ CEM. Ediciones de la AHC. Santiago de Chile, 1983.

Valdés S.,X.: *Experiencia de trabajo con mujeres del campo*. Serie Experiencia con Grupos, PEMCI, (mimeo). Santiago de Chile, 1983.

Mack, M.; Valdés S., X y Willson, A.: *Una experiencia de organización autónoma de mujeres del campo*. Serie Experiencia con Grupos, PEMCI, (mimeo). Santiago de Chile, 1983.

Mack, M. y Montecino,S.: *¿Por qué no hablamos de nosotras?*. Serie Cartillas PEMCI. Santiago de Chile, 1982.

Levy, S.: *Mujeres del campo y hierbas medicinales: la tradición en la curación de enfermedades*. Serie Cartillas PEMCI/CEM. Santiago de Chile, 1984.

Mack, M.: *Mujer y trabajo asalariado*. Serie Cartillas PEMCI/CEM. Santiago de Chile, 1985.

Montecino, S.: *Quinchamalí, reino de mujeres*. CEM. Santiago de Chile, 1986.

Valdés S., X. y Matta, P.: *Oficios y trabajos de las mujeres de Pomaire*. Editorial Pehuén/CEM. Santiago de Chile, 1986.

Mack, M.; Matta, P. y Valdés S., X.: *Los trabajos de las mujeres entre el campo y la ciudad: 1920/1982*. Biblioteca de la Mujer, PEMCI/CEM. Santiago de Chile, 1986.

De León, K.; Matta, P. y Valdés S., X.: *Loceras y trabajadoras de la arcilla en Pomaire*. Biblioteca de la Mujer PEMCI/CEM. Santiago de Chile, 1986.

Acuña, L.: *Hombres y mujeres en Putaendo: sus discursos y su visión de la historia*. Biblioteca de la Mujer, PEMCI/CEM. Santiago de Chile, 1986.

Acuña, L. y Riquelme, V.: *La violencia contra la mujer*. Biblioteca de la Mujer, PEMCI/CEM. Santiago de Chile 1986.

Valdés S., X. (y otras): *Sinopsis de una realidad ocultada*. PEMCI/CEM. Santiago de Chile, 1987.

Programa Mujer Campesina y Asalariada Agrícola
Centro de Estudios de la Mujer